

BOLSILIBROS DE JOQUERA
la conquista de
ESPACIO

EL TELEPATA

joe mogar

CIENCIA FICCION



BOLSILLOS DE JOYERA

la conquista de
ESPACIO

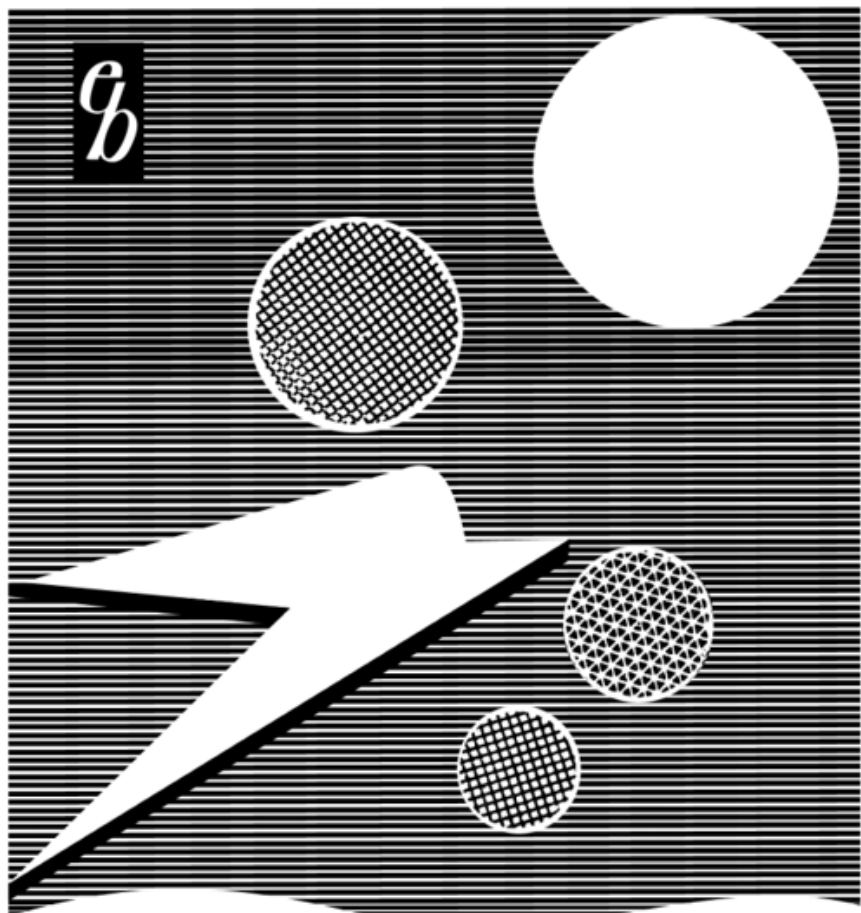
EL TELEPATA

joe mogar

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

JOE MOGAR

EL TELEPATA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 144

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

Depósito Legal B. 12.371 – 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1973

© JOE MOGAR — 1973

texto

© ANGEL BADIA — 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

139.— Las criaturas del frío, *Curtis Garland*.

140.— Misión en Oulax, *A. Thorkent*.

141.— Agencia de mercenarios, *Glenn Parrish*.

142.— Vampyr, *Curtis Garland*.

143.— Invasor del Más Allá, *A Thorkent*.

CAPITULO PRIMERO

—...Llamando a K.L. 1... Llamando a K.L. 1... Llamando a...

Una y otra vez, muchas veces más, con intervalos de tres a cuatro segundos.

Fuera de la III Galaxia, en el espacio, todo era silencio.

Allí, en la sede central, los rostros se mostraban tensos, preocupados...

Dejaban de transmitir; esperaban.

Y como siempre, sólo contestaba el silencio.

Un minuto, dos, tres.,

—...Llamando a K.L. 1. Llamando a K.L. 1. Contesten,

Arriba, en el inconmensurable espacio, la nave intersidereal continuaba callando

Abajo, en la gran nave de Control Espacial, también callaban.

Esperando.

Siempre esperando.

Minutos, tal vez horas,

—III Galaxia llamando a K.L. 1... Llamando a K.L. 1. Contesten.

Silencio sidereal, espantoso, inconmensurable,' como era el propio del más allá de la III Galaxia.

Un silencio que se rompió de un modo inesperado para los que escuchaban.

—X.A. 23 llamando a la III Galaxia... X.A. 23 llamando a la III Galaxia. Escuchen. Viaje interplanetario de regreso. Tenemos un fallo en uno de los motores y nos estamos desviando hacia uno de los asteroides... Hacia un asteroide que gira...

Silencio.

Los aparatos de control, los cerebros superelectrónicos habían

callado de nuevo.

Luego vino una voz:

—Llámalos. Me interesa eso.

Unos segundos de aterradora calma después de la llamada, y a continuación vino la respuesta:

—Hay dificultades. El otro motor está fallando. Nos estamos acercando al asteroide a la velocidad de la luz. X.A. 23 llamando a la III Galaxia. Contesten.

La pequeña cosa verde que era Knut, dijo:

—Dame eso.

Y tomó el transmisor interespacial.

Durante varios segundos, o tal vez minutos, trató de ponerse en contacto con la nave X.A. 23, pero . no lo consiguió, como antes no lo había conseguido con el K.L. 1.

Cortó la comunicación.

Sus ojillos, como puntas de alfiler negro, se clavaron en los seres que le acompañaban.

—Creo que hemos perdido otra nave —dijo sin sentimientos—. Pero... tratad de establecer contacto. Yo me voy a..., a dormir.

Dio media vuelta, se encaminó en derechura a uno de los paneles de acero que le cerraban el paso, panel que se abrió dejando un hueco en forma de huevo, no más grande que una antiquísima jarra de agua, y el verde Knut desapareció de la vista de los demás, cuando aquélla se cerró tras su paso.

* * *

En el interior de la cabina, Una apartó la manta a un lado, vaciló un poco, pensando en que algo la había despertado sin que pudiera precisar qué, y a continuación se inclinó un poco para coger un par de suelas metálicas y se las colocó en sus zapatillas.

Con infinitas precauciones se agarró al camastro y deslizó los pies

en el suelo hasta que las suelas magnéticas produjeron un leve chasquido al establecer contacto con el mismo.

Más confiada ahora, Una se puso en pie y se acercó al espejo.

Se miró.

El traje espacial que llevaba revelaba unas formas envidiables para cualquier mujer que la viera. ¿Qué la había despertado?

Frunció el ceño, se acercó al panel que le cerraba el paso y éste se abrió ante ella dejando el hueco suficiente para que pudiera pasar.

Alcanzó el pasillo de la gran nave intersideral y vio a Kalf.

—¿Qué ocurre? —preguntó nada más verle.

El hombre, su equivalente, se acercó y con uno de sus brazos la prendió por la cintura.

—Nos estamos acercando a un asteroide —dijo.

—¿Y eso es malo?

—Tampoco bueno.

—¿Por qué?

Kalf la miró con sus ojos grises, muy fijos, antes de contestar:

—Están fallando los motores de propulsión, Una.

—¿Y...?

—Vamos a caer con fuerza.

—¿Con mucha fuerza?

Kalf hizo un rápido cálculo mental.

—No. Esa es la verdad. Sólo deseaba asustarte un poco.

Una también calculó.

Hacía tres años terrestres que había sido enviada fuera de la III Galaxia, a uno de los innumerables planetas que giraban en torno a la estrella Antares, y ahora, cumplida su misión, regresaba.

Preguntó:

—¿Nos desviamos mucho?

Kalf frunció el ceño.

—Un poco. Menos de un año luz.

—¿Tiene atmósfera?

—Tal y como la necesitas tú, Una, allá en nuestro lejano planeta, me temo que no.

—Usaré el sombrero —replicó ella, refiriéndose, naturalmente, al transparente casco cuando por una causa u otra tenía que abandonar una nave para dirigirse también a cualquier lugar donde no hubiera atmósfera.

—Ven.

Sin soltarla de la cintura, casi la arrastró hacia la enorme cabina de mandos del X.A. 23, frente a cuyo panel de entrada se detuvo.

—¿Sabes que eres hermosa, Una? —dijo, sin que viniera a cuento y mirándola.

Era la única mujer que viajaba a bordo y Una lo sabía.

—Sí. Por lo menos eso es lo que...

La besó, interrumpiéndola, y Una llevó las manos a su cuello.

—Es hermoso todo esto —dijo, un segundo antes de aplastar sus labios contra los de Kalf, en un beso que le aturdió.

Un minuto más tarde, la puerta magnética, el panel, se abrió por delante de ellos y cruzaron al otro lado.

Ming se encontraba frente al cuadro de mandos de la nave espacial.

Les miró cuando la pantalla que tenía a su derecha reflejó sus imágenes a su espalda.

—¿Algo nuevo?

Ming tardó unos segundos en responder.

—Perdimos contacto con el Control Espacial de la III Galaxia.

—Dame los transmisores, Ming.

Ming no vaciló, ni siquiera le miró cuando hizo un gesto con su mano azul en dirección a lo que había perdido.

—Míralo tú —fue lo que dijo.

No miró a Una.

Para él era como si la muchacha no existiera.

Su sistema de reproducción era distinto y Una, para él, era algo completamente incomprensible en todos los aspectos.

Kalf no respondió.

Se sentó a su lado y trató, de establecer contacto, pero no pudo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó después.

—No lo sé —repuso Ming—. Nos desviamos. Eso es todo.

—¿Los motores...?

Ming le miró.

Su rostro azul carecía de expresión.

—Llegaremos dentro de veinte... Bueno, de uno de esos veinte minutos con los que acostumbras a contar.

Una intervino.

—¿Descenderemos a ese asteroide? Me refiero a si...

—Sé a lo que te refieres, Una —interrumpió Ming—, y mi respuesta es no. Por lo menos tú.

—¿Por qué?

En los ojos de Una había desafío.

—Eres mujer.

—Y como tal un poco mejor que tú. Tú no sirves nada más que para conducir una nave interplanetaria. Dime, Ming, ¿de dónde procedes?

—De un lugar... de las estrellas. Algo incomprensible para tu obtusa mente, Una.

—¿Vas a descender tú? —preguntó ella.

—Así es.

—Entonces lo haré yo también.

—Puedes hacerlo. Yo, comandante del XA. 23, no puedo impedírtelo.

—Pero te quejarás al Gran Consejo.

—Así lo haré.

—Si llegamos —repuso Una, despaciosamente—. Nada funciona en esta nave, según veo. Sólo los motores de retropropulsión, o de lo contrario ya nos hubiéramos estrellado. Vamos, quiero verlo.

Ming desvió sus ojillos color diamante hacia el rostro de Kalf.

Este no dijo nada.

—Míralo, Una, y espero que te guste tan poco como me gusta a mí.

Ella se acercó al cuadro de mandos teniendo mucho cuidado de no rozarse con él, al pasar por su lado.

La pequeña pantalla se iluminó.

El recuadro, el asteroide acercándose a ellos a increíble velocidad.

—¿Es muy grande? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Unas quinientas de tus millas cuadradas, Una —repuso Ming—. Sin atmósfera y sin apenas gravedad.

—Lo que nos vendrá bien para elevarnos tan pronto como reparemos esa avería.

—Si podemos —repuso Ming.

Una no respondió.

Era como si no le hubiera oído.

Sus negros y grandes ojos estaban pendientes de la pequeña pantalla electrónica.

Negrura y puntos moviéndose de un lado para otro, también a increíble velocidad.

Una sabía que eran las estrellas.

Entre ellas la más brillante, Antares, la que le hubiera gustado visitar, pero el Gran Consejo lo había prohibido.

Más abajo, casi debajo de ella, el asteroide al cual se estaban acercando.

—¿Hay peligro?

No lo esperaba, pero fue Kalf el que contestó: —Roca cósmica, Una. Algo completamente inhabitado. No habrá peligro alguno.

Ming desvió los ojos hacia la pequeña y fluorescente pantalla.

No dijo nada.

—¿Vendrás conmigo?

En aquel momento habló:

—Voy a descender yo mismo, Una —dijo—. Kalf se quedará en la nave.

Roca cósmica.

Ahora lo veía casi con perfecta claridad.

Roca, roca y más roca; puntiagudas aristas...

Algo siniestro.

Un pequeño mundo de silencio, sin aire, sin agua, lleno de polvo y acribillado por el impacto de millones y millones de meteoritos.

Un misterioso mundo cósmico girando en torno a Antares a velocidad de la luz.

Un mundo de sombras fantasmales.

Una se estremeció, pero ninguno de los dos seres que había a su lado se dio cuenta del hecho.

Desvió los ojos de la pantalla y miró a Ming cuando ya el brazo de Kalf la rodeaba por la cintura.

—¿Esperas con eso que me quede dentro de la nave, Ming? —preguntó.

El azul rostro del comandante se volvió fluorescente.

—Espero de tu buen sentido que lo hagas. No obstante, no voy a tratar de impedírtelo, Una.

La muchacha no respondió.

Su mano derecha estaba apoyada sobre el brazo de Kalf.

«Te amo, Una... Te amo... Te quiero mucho...»

Aquello le gustaba.

Eran palabras de horas o días antes; su mente no podía captar el tiempo inconmensurable del espacio, pero le gustaba.

Se apretó contra él.

—Kalf.

—¿Sí...?

—Avise por los intercomunicadores que vamos a descender dentro de tres minutos.

Kalf no respondió, tiró de Una y ambos abandonaron la sala de controles.

CAPITULO II

La superficie del asteroide no estaba cubierta de cráteres como en la Luna.

Una lo recordaba perfectamente.

Era simplemente una extensión de rocas dentadas y hundidas. Un bloque de piedra, posiblemente desprendido de algún ignorado planeta hacía milenios.

De forma ovoide, y donde gracias a sus gruesos zapatos de hierro podía permanecer en pie sin salir despedida hacia el espacio sideral, ya que casi carecía de gravedad.

La voz de Ming le llegó al oído a través de los pequeños auriculares que había a ambos lados del casco que llevaba puesto:

—No te alejes mucho, Una.

No contestó.

La nave espacial se había posado sobre la polvorienta superficie del asteroide, en sentido invertido, y su luminosa y brillante punta apuntaba a las estrellas y astros que componían la constelación de Antares.

—¿Me has oído?

Una hizo una mueca.

—Sí.

—Pues entonces, contesta.

Le miró.

Ming se encontraba agazapado junto a uno de los motores de propulsión, lo mismo que un gusano, como una cosa viscosa y uniforme, pero dotada de una poderosa inteligencia.

De una inteligencia sobrenatural.

Empezó a despegarse de la nave, paso a paso, hundiendo las botas en el espeso polvo gris y ocre que componía el suelo del asteroide, apartándose más y más de la nave sideral, impulsada por su curiosidad científica, más que por otra cosa.

En el suelo, manipulando, el azul cuerpo de Ming se confundía con la pintura de la astronave.

Una continuó avanzando.

Las primeras rocas estaban al alcance de su mano.

Dio un par o tres de pasos más, y el grito estalló en el interior de su mente y no a través de los auriculares.

El Gran Consejo lo había prohibido, pero el hecho era real:

—¡Mátale, Una! Mátale..., por favor... ¡Oh! Mátale...le... U...na...

El grito lacerante, también brotó en el interior de su cerebro con la misma fuerza que una explosión atómica, y se volvió tan precipitadamente que estuvo a punto de caer.

Miró la nave mientras que la llamada de angustia continuaba estallando en el interior de su mente, y entonces vio al terror.

—¡Má...ta...le..., por... fa...vor...!

Una se llevó la mano izquierda a los pechos ahogando el grito de terror que estaba estallando en su garganta, pero que no salía del casco, y con la otra tomó la pequeña pistola de rayos cósmicos que llevaba en la cintura.

La masa peluda avanzaba, retrocedía...

* * *

Knut semejó experimentar una metamorfosis cuando se desperezó sobre el lecho y extendió sus tentáculos en tomo a su redondo cuerpo de cosa verde.

Luego abrió sus ojillos, miró a su alrededor y saltó de la cama al suelo, por donde se deslizó rápidamente hacia los paneles que le cerraban el paso y que se abrieron cuando su masa casi transparente rompió la célula nuclear que mantenía cerradas las puertas.

Pasó al otro lado.

Sus sentimientos extragalácticos no se alteraron lo más mínimo ni su cuerpo unicelular sufrió el más leve estremecimiento cuando se

acercó a la cabina de controles de la III Galaxia.

—¿Cómo va eso? —preguntó, con su voz extrañamente oscura.

—Lo mismo que antes.

Antes o después.

Lo mismo daba.

El tiempo no contaba por segundos, por minutos o por horas.

Ni por años o siglos luz.

Era un simple cálculo matemático que en aquel momento no contaba.

—¿Noticias...? —articuló.

Los veinte que trabajaban allí, entre los cerebros electrónicos, entre los sistemas de control interplanetario, le miraron, como si la pregunta hubiera sido, en conjunto, formulada a todos.

Pero sólo contestó Dee.

—El X.A. 23 no contesta. Debe haberse perdido.

—Sí, eso es —contestó Knut, con voz monótona.

Hizo una seña, Dee se apartó de los controles y Knut trepó hasta el asiento haciendo uso de una de sus patas

—III Galaxia llamando a X.A. 23... III Galaxia llamando a X.A. 23. Contesten.

Silencio.

Absoluto, extraño, terrorífico, que le llegaba desde la constelación de Antares entre susurros, silbidos, que hablaban de cosas etéreas e impalpables.

—Control Espacial llamando a X.A. 23... III Galaxia llamando a X.A. 23. Contesten.

Nada.

De lo desconocido, allá en las estrellas, el silencio que llegaba repelía, pero Knut no se daba cuenta de nada.

Súbitamente cambió de frecuencia.

—Control Espacial llamando a K.L. 1. Control Espacial llamando a K.L. 1. Contesten.

Calló, y sus ojillos, brillantes como puntas de diamante, miraron a los que estaban pendientes de él.

—Tendré que informar —dijo.

En sentido inverso se deslizó hacia abajo, por la pata del asiento, y llegó al suelo.

Sus ojillos cambiantes de color eran tan verdes como su cuerpo cuando los clavó en la figura silenciosa de Dee.

—Me voy a dormir —especificó»

Dio la impresión de que reptaba por el suelo al acercarse al panel, que se abrió como siempre para dejarle pasar.

Dee, rubio y fuerte como un nórdico del siglo XX, allá en la Tierra, se sentó frente a los controles.

Lillie se le acercó, vaciló unos segundos y por fin puso una de sus manitas de dedos finos y largos, cuidados, sobre su brazo.

Dee desvió los ojos de la pantalla que reflejaba el negro cielo y que, por contraste, no mostraba la imagen de ninguna nave intersidereal, y los fijó en ella.

—¿Qué te parece eso? —preguntó.

—Que me gustaría aplastar a esa cosa verde bajo mis pies.

Pero ni ella misma estaba segura de la verdad de sus sentimientos con respecto a Knut.

—Y a mí también..., pero eso es algo..., algo que no podemos hacer —repuso Dee con voz grave—. Nos deportarían a cualquiera de los asteroides que giran alrededor de Júpiter en la Dimensión 1. Lillie suspiró.

Recordaba a la Madre Tierra.

—Sigue llamando, Dee —fue lo que dijo.

Dee lo hizo una vez más; varias más...

El silencio espacial continuaba.

El grito espeluznante surgía de su garganta como un incontenible torrente, pero se quedaba allí, en el interior de la campana que llevaba sobre su cabeza, ensordeciéndola mucho más que si se hubiera tratado de las voces de Ming.

Ming...

¿Dónde estaba Ming?

Ahora no le veía, tampoco escuchaba el sonido de su voz.

Sólo la cosa, el Terror moviéndose de un lado para otro, dando la sensación de que avanzaba hacia ella, de que retrocedía, de que su asquerosa masa de gelatina peluda se desparramaba sobre la superficie del asteroide.

—¡Máta...le, U...na...!

Dejó de gritar y con la pistola de rayos cósmicos a la altura de su esbelta cintura, Una oprimió el disparador.

Pero cuando lo hizo, el Terror ya no estaba frente a sus ojos y las voces transmitidas por telepatía a su cerebro habían dejado de oírse, aunque esto ella no lo sabía.

Allá al fondo, junto a la nave, al lado de uno de los motores que terminaba de reparar, Ming se convirtió en una nube naranja, cuando el rayo tocó su cuerpo, y desapareció.

Una levantó el brazo armado hacia su frente, pero sólo pudo tocar aquella especie de campana que le cubría la cabeza.

Suspiró.

Al lado de sus pequeñas orejas, el transmisor permanecía mudo.

Frente a sus ojos, la pesadilla se había esfumado.

Ming estaría contento.

La felicitaría e incluso su nombre iría a parar a las listas de Diamantes del Gran Consejo de la III Galaxia.

Miró hacia arriba.

Las estrellas, el silencio, el polvo cósmico gravitando sobre el asteroide como un manto mortal.

Lejana, aunque no tanto como para que no pudiera alcanzarla con las manos, allá sobre la pequeña línea del horizonte del asteroide; Antares.

Se estremeció mirando a su alrededor.

Luego la nave, a pocos pasos; nada se movía.

Llevó la mano a su oído derecho, a la parte exterior que correspondía con aquél, y trató de ajustar el transmisor.

Estaba bien.

Empezó a llamar a Ming.

Silencio.

Se sobrecogió.

Había matado a la cosa.

Pero si era así, ¿por qué no contestaba Ming?

Ante su propia pregunta una sensación de horror la poseyó y fue entonces cuando, sin soltar el arma, Una corrió hacia la nave.

Sus botas gravitatorias le servían de mucho, pero también era verdad que ella tenía que ayudarlas.

No lo hizo, ni siquiera pensó en eso, por lo que cayó varias veces antes de llegar a la astronave.

Sólo entonces guardó la pistola de rayos cósmicos, se sujetó a la escalerilla y empezó a trepar hacia la puerta de entrada.

—No lo digas, Una, ¿comprendes? Tú, lo mismo que yo, debemos callar lo que hemos visto ahí fuera. Por otra parte, la mataste, Una, ¿entiendes eso? No hay que alarmar a la tripulación ni a Kalf.

Una se detuvo en seco, con ambas manos sujetas a la puerta.

Luego escudriñó el interior de su mente.

—¿Ming...? —preguntó con voz de telépata.

—Sí.

—Esto no es normal. No es corriente. El Gran Consejo lo tiene prohibido.

La risa de Ming la sorprendió un poco, ya que jamás, desde que subiera a bordo de la astronave, le oyó reír.

—Ahora no nos oyen, Una —hubo una pausa en el

interior de su cerebro y a continuación sus células sensoriales le transmitieron la continuación del mensaje—: Tú tampoco se lo vas a decir. Vamos, entra de una vez.

—Esos motores... —empezó.

—Entra, Una; yo me encargaré de terminar de repararlos.

La muchacha no contestó.

Cruzó el umbral y se vio en el largo pasillo, lleno de paneles, profusamente iluminado, brillante y silencioso.

Dio un paso, dos, tres, y su mente repitió la frase en su interior, traducida en una nueva pregunta:

—¿Dónde vas a ir ahora, Una?

—A ver a Kalf.

—¿Se lo vas a contar?

—No, si tú no lo quieres.

—Dije que era una orden; que lo olvidaras.

—Sí, lo sé.

Su mente se quedó vacía.

Siguió andando hacia la sala de Controles donde sabía que encontraría a Kalf.

«Te amo, Una... Te amo y te deseo. Lo sabes, ¿verdad? Quiero que seas mía...»

Le había contestado que 16 sabía, pero nada más. Luego podía o no ocurrir. No lo sabía, pero le agradaba sentir el murmullo de aquella voz junto a su oído y la caricia de aquellas manos sobre su piel.

De un modo repentino se detuvo, vaciló un poco y mentalmente llamó:

—Ming... Ming... ¿Me oyes, Ming?

—Sí.

—¿Dónde estás? No puedo bucear en tu mente y por tanto...

—Fuera, terminando con uno de los motores. Di a Kalf que esté preparado y que dé orden para que se revise toda la nave antes de despegar.

—De acuerdo. Pero... no uses más ese poder; no me gusta.

—¿Tienes miedo?

—Puedes adivinar todos mis pensamientos. Incluso cuando... me desnudo.

—Lo sé. Pero yo no hago eso. No somos parecidos, Una, y tu cuerpo no me dice nada. Nada, ¿comprendes?

—Aun así, no me gusta.

—No lo haré más, te lo prometo.

Una calló y dio un paso hacia el panel, las puertas se abrieron y Kalf volvió la cabeza tan pronto como la vio reflejada en la pantalla que tenía a su lado.

—¿Y Ming? —preguntó.

Una se quitó el transparente casco.

—Fuera. Terminando con ese otro motor. Dijo que transmitirías la orden de revisión. Creo que vamos a partir dentro de muy poco.

Kalf apartó los ojos de los de ella, tomó un pequeño transmisor, parecido a los microteléfonos que se usaban en la Tierra cinco mil años antes, y se lo llevó a los labios.

—¿Jem...? —preguntó.

La voz le llegó con perfecta claridad.

—Sala de controles. ¿Algo nuevo, Kalf?—Vamos a partir. Revisa todo eso y dame el informe.

—¿Y Ming...?

—Terminando. Al parecer esa avería no era tan importante.

—¿Y los transmisores?

—Helius está tratando de averiguar por qué no funcionan.

Sin esperar respuesta, Kalf cortó la comunicación.

Las manos de Una estaban sobre sus hombros; sus ojos chispeaban.

—¿Me amas?

Ella hizo una mueca.

—No lo sé.

—Trata de averiguarlo.

—Ya lo hice sonrió—. Quizá... Quizá empiece a desearte y...

—¿Y...? —repitió él, como un eco.

—Sigo sin saber si es verdad o no.

Kalf tardó varios segundos en contestar.

Y cuando lo hizo fue formulando una nueva pregunta:

—Podríamos ir juntos, ¿no?

—Me destinan al segundo planeta de la Primera Galaxia, Kalf.

Y apretó las manos contra sus hombros. Las de Kalf estaban ahora en torno a su cintura.

—Aun así —dijo él—, podríamos ir juntos. ¿Por qué no dejas ese trabajo, Una?

—¿Para criar hijos?

—¿Y por qué no?

—Para mí eso no tiene nada de científico, Kalf, ¿comprendes? No, quizá no lo comprendas, pero es así. Para mí resulta un proceso demasiado largo y laborioso; delicado.

—En ese caso...

Una le interrumpió.

—Dentro de unos minutos vendrá Ming —dijo—, y nos iremos de aquí. Yo... estaré en mi cabina. Llámame si me necesitas.

Dio media vuelta, y Kalf desvió los ojos hacia el complicado cuadro de mandos que tenía delante.

Luces que se encienden..., que se apagan..., que se encienden...

Una amarilla.

Tomó el transmisor.

—¿Sí...?

—Sala de transmisiones —dijo la voz de Helius—. No hay avería. Podemos comunicar.

—¿Cómo...?

—No lo sé, Kalf. Ha sido algo completamente inesperado. Repentinamente todo esto se ha puesto a funcionar.

—Correcto.. Establece contacto con Control Espacial en la III Galaxia, y diles que despegaremos dentro de unos minutos, y que todo va bien.

—¿Ming...?

—Fuera —repitió una vez más—. Terminando.

Cortó la comunicación, esperando que Jem le diera el último mensaje antes de la gran partida.

CAPITULO III

Su mente estaba en blanco.

Kalf hizo un esfuerzo por controlarla, por tratar que algún pensamiento entrara en ella, pero no pudo.

Su cerebro parecía una esponja, o por lo menos aquélla era la sensación que experimentaba.

Trató asimismo de luchar contra aquello que le poseía interiormente, de moverse, y tampoco pudo.

—Kalf...

Transpiraba y dentro de la nave la temperatura estaba controlada, acondicionada, según la constitución de cada uno de sus tripulantes.

—¿Sí...? —su cerebro funcionaba normalmente—. ¿Quién me llama?

—Ming.

Su semblante se oscureció.

—¿Dónde estás?

—En la sala de transmisiones. Tomé contacto con Control Espacial.

—¿Y...?

—Prepárate, que vamos a despegar.

Kalf tardó unos segundos en contestar.

—¿Les dijiste que te estás comunicando conmigo a través de tu mente?

Y lo mismo que Una se sorprendiera, también se sorprendió cuando le oyó reír.

—Ahora no nos oyen —eran, también, las mismas palabras que ya le dijera a la muchacha—. Tú tampoco se lo vas a decir,

—¿Algo más?

La voz de Ming sonó oscura a través del torbellino mental que le poseía en aquel momento.

—Revisa todo eso; cuenta hasta cero, y baja la palanca.

—La puer...

Ming rió.

—Fuera está todo listo, Kalf. ¡Ah! Tú también estás usando tu mente. Eso tampoco le gusta al Gran Consejo.

No respondió.

Ming también dejó de transmitirle.

El vacío interior que experimentaba cesó y ya con la mente lúcida fijó los ojos en los controles.

Empezó a pulsar botones, a cotejar cifras, a controlar las cambiantes luces que había en el panel de la pared, frente a sí mismo, y de un modo repentino empezó a contar, segundo a segundo, empleando el viejísimo sistema- de la Tierra cuando el primer hombre, milenios atrás, pisó la Luna.

—...Tres.... dos.... uno.... cero.

Bajó la palanca.

Con un silbido espantoso y los estrépitos del infierno desencadenados, la astronave despegó del desierto asteroide y se lanzó al espacio navegando entre llamas, por encima de aquéllas, cada vez más veloz y a mayor altura, hacia las estrellas, hacia el firmamento de Antares.

En la sala de comunicaciones, Helius examinaba concienzudamente todo el enorme aparato electrónico, las computadoras, y todos los cuadros señalaban lo mismo.

Todo, exactamente todo, funcionaba a la perfección.

Por otra parte, la transmisión con Control Espacial fue clara y diáfana como el cristal.

Helius fue a volverse, pero no pudo.

Una luz que se enciende..., que se apaga..., que se enciende...

Tomó el intércomunicador espacial y esperó.

—III Galaxia llamando a X.A. 23. III Galaxia llamando a X.A. 23. Contesten.

Helius conocía demasiado bien la voz de Knut y respondió:

—Nave intersideral a III Galaxia. Contacto. Les oigo perfectamente, A bordo todo marcha con normalidad.

La voz de Knut le cortó casi en seco.

—Deje eso ahora que no importa —dijo—. Cambie el rumbo a 2 L.M. 3. Póngase en contacto con Ming y transmítale la orden.

—De acuerdo. ¿Alguna otra cosa?

—Simplemente que se mantenga a la escucha en espera de nuevas instrucciones. El cambio de rumbo deberá hacerse exactamente dentro de treinta minutos. Corto.

Silencio... Largo, pesado, gravitando sobre sus hombros, y era extraño.

Que él recordara, jamás le había ocurrido aquello; nunca experimentó tal sensación.

Soltó el intercomunicador y extendió frente a sus ojos un mapa de la constelación de Antares, sobre el mismo fijó el rumbo, y quedó helado... No lo comprendía.

Tras una ligera vacilación que le llevó segundos, Helius tomó uno de los microteléfonos interiores y empezó a llamar.

Unos segundos más tarde le llegó la voz de Kalf.

—¿Sí...?

—Sala de comunicaciones —dijo—. Soy Helius.

—¿Qué ocurre?

—¿Ming...?

—No está. ¿Algo nuevo?

—Trata de localizarle, Kalf. Hay cambio de rumbo. Acabo de recibir la orden.

Al otro lado, en la sala de mandos de la enorme nave intersideral, Kalf guardó unos segundos de silencio, y por fin contestó:

—Dame el nuevo rumbo, Helius.

Lo hizo.

Un nuevo silencio, más espantoso, más pesado que nunca.

El propio Helius lo cortó con una pregunta:

—¿Te pasa algo, Kalf?—No. Estaba pensando.

—¿En qué?

—Nos envían a Ceres, ¿verdad?

—Sí. Así es.

—¿No hay error, Helius?

—No. Todo el sistema de comunicaciones funciona perfectamente.

—¿Quién dio la orden?

—Knut.

Kalf guardó unos segundos de silencio, y contestó:

—No me lo explico.

—NI yo tampoco.

Hubo un tercer silencio, y de un modo repentino, Kalf pidió:

—Ponme con Knut, Helius.

Hubo un leve chirrido y la comunicación interespacial quedó establecida.

—Kalf llamando a la III Galaxia... Kalf llamando a la III Galaxia...

Lo repitió varias veces más y por fin recibió la respuesta del propio Knut.

—Pido ratificación de rumbo —dijo Kalf.

—Ratificación correcta. ¿Dónde está Ming?

Kalf pensó rápidamente.

—Duerme —mintió.

—No le despierte, pero el rumbo es exacto. Repítalo, Kalf.

Lo hizo lentamente, como si le costara un inmenso esfuerzo y apenas terminar, Knut respondió:

—Es exacto.

—Eso nos desvía de la III Galax...

Le interrumpió secamente:

—Es una orden del Gran Consejo. Sé que les desvía cincuenta años luz, pero es necesario ir allí. Helius deberá permanecer en la sala de comunicaciones hasta recibir nuevas instrucciones. Corto.

Silencio.

Kalf frunció el ceño, pero no estableció contacto con Helius.

En aquel momento, allá en la III Galaxia, a ciento cincuenta años luz de distancia, Knut dormía, pero esto Kalf no lo sabía, ni quizá lo supiera nunca.

En la sala de transmisiones, después de la comunicación interplanetaria, Helius tenía los ojos fijos en Ceres.

Cincuenta años luz.

Un retraso de meses para llegar a su punto de destino.

Pensó en Una.

La muchacha terrícola estaba cansada, exactamente como él mismo, por la sencilla razón de que su sistema biológico era exactamente idéntico al suyo.

Amaban del mismo modo y gozaban de idéntica forma, e incluso sus pensamientos eran iguales.

La única mujer en la nave o su equivalente.

Era asombroso.

Kalf acaparaba la atención de Una y él..., él la deseaba. Quería hacerla suya y...

Estaba divagando en vez de centrar su atención en lo que estaba haciendo.

Ming...

Era un misterio.

El comandante de la nave intersideral sabía positivamente que estaba prohibido terminantemente hablarse entre ellos por telepatía, y la había empleado.

Era incomprensible.

Levantó los ojos de los cuadrantes que estaba examinando, a pesar de sus nada agradables pensamientos, y se volvió para lanzar una mirada a su alrededor.

No tuvo tiempo porque en aquel momento la vio. Dentro de la nave no hacía falta traje espacial alguno, y Una no lo llevaba.

Las largas piernas desnudas eran para él un atractivo más y volvió a experimentar el mismo deseo de otras veces; de siempre.

Todo dentro de sí mismo volvía a clamar por ella, desde la altiva cabeza hasta los diminutos pies, y el viaje hasta la III Galaxia era corto.

Lo era para sí mismo, a pesar de aquella extraña orden de cambiar de rumbo.

Pensó en Kalf.

El también deseaba a la muchacha; no era un secreto, la transmisión del pensamiento cerraba toda posibilidad para que aquello existiera, por lo menos en el interior de la nave entre los cincuenta miembros que componían la tripulación del X.A. 23.

Pensó en si Una lo estaba adivinando y cerró la compuerta de su mente.

La miró.

Una se le estaba acercando; le sonreía, sensual, provocativa, con los bellos y grandes ojos brillantes como estrellas, exactamente como las que brillaban en el negro e infinito espacio interplanetario.

—Nunca te había visto por aquí... —dijo, más que nada por romper el silencio que ya le estaba resultando agobiante.

La sonrisa de Una se amplió.

—Me gusta esto —dijo con voz suave, acariciante, como una provocación más—. ¿Por qué no me lo enseñas, Helius?

—¿Enseñarte...? —repuso él—. ¿El qué?

Miró ella a su alrededor, rozándole ya.

—Todo esto. Estos complicados aparatos de transmisión son interesantes —le miró a los ojos y añadió—: No olvides que soy científico.

—Prefiero verte como mujer —se arriesgó él.

Una dio una vuelta sobre sí misma.

—¿Te gusto?

—Sí.

Se detuvo en su girar y él vio el brillo de sus ojos frente a los suyos, obsesionándole, tratando de averiguar la verdad de su pensamiento, pero había cerrado a tiempo su mente a toda curiosidad exterior.

—Kalf también me ama..., me desea, Helius...

El rostro de Helius se nubló.

—Lo sé —dijo.

Hubo una pausa, muy pequeña, que Una rompió.

—No te pongas así, ¿quieres? Anda, ven y enséñame eso.

Le prendió de un brazo y Helius se estremeció.

Era una locura.

Una antigua locura que se extendía a través de todas las galaxias cuando dos personas, dos cosas, dos mutantes biológicamente puros y de distinto sexo, se encontraban.

Una locura de la que no quería curarse.

—Ven —dijo, haciendo eco de las palabras de ella, y entonces la prendió de la delicada cintura, con uno de sus brazos, atrayéndola contra su cuerpo.

Una no se resistió cuando casi la arrastró hacia las computadoras.

En aquel momento, en la sala de mandos, Kalf cambiaba el rumbo de la nave, buscando la salida de la constelación de Antares a una velocidad dos veces superior a la de la luz.

Un par de horas después, o tal vez la realidad era que sólo habían

pasado segundos o un tiempo infinitesimal, se detuvo frente a la pantalla del cuadro principal de transmisiones, siempre llevándola enlazada por la cintura.

—¿Para qué sirve esta pantalla?

Heliusladeó la cabeza para mirar su bello perfil.

—¿No lo sabes? —preguntó a su vez.

—No. Sólo entré una vez en una nave espacial, y fue... para quedarme tres años fuera de la III Galaxia. Ahora regreso y me aburro, Helius. Di, ¿para qué sirve?

Helius la complació.

—¿Ves esos botones rojos y blancos, Una? —preguntó, señalando el cuadro que había directamente bajo la pantalla—. Eso es Control Espacial. Aprieta uno cualquiera luego de formularle una pregunta a la computadora, y verás la pantalla, e incluso la fotografía parlante, sí es que dicha pregunta se refiere a un ser vivo, dándote la respuesta, Si no es así, la respuesta aparecerá escrita.

Una le miró fijamente.

Sus ojos eran más brillantes que nunca, más hermosos, más deseables, cuando preguntó:

—¿Podría decirte en realidad quién soy yo?

Helius se echó a reír.

—Claro —dijo—. Tu historial completo, desde que naciste hasta ahora, y la de tu generación, desde dos o tres siglos atrás.

Una le miró incrédula.

—¡No!

Helius la miró con sorpresa.

—¿Por qué?

—Por la misma razón de que tú no me dejas penetrar en tu mente. Cerraste la compuerta, ¿no?

Helius volvió a reír, atrayéndola aún más contra su cuerpo.

—Es lo mismo que has hecho tú, ¿verdad? —preguntó.

—Soy mujer.

—Sí, así es.... o su equivalente según dónde te encuentres. —Hizo una pausa que Una no interrumpió, y preguntó al cabo de unos segundos de silencio—: ¿Fue por eso o para que no lograra averiguar si tú también amas a Kalf?

Una se deslizó como una serpiente entre sus brazos, que continuaban aprisionando su cintura, y le enfrentó llevando las manos a sus hombros,

—¿Por qué no me besas y lo averiguas por ti mismo? —preguntó suavemente.

Helius se inclinó.

Y se enfrentó a algo terrorífico...

Helius trató de zafarse pero no pudo.

Apartó la boca y lanzó un grito sordo, espeluznante; un grito que rebotó de pared en pared hasta que murió por sí mismo dentro de la cámara de controles, luego de un gorgoteo extraño, brutal...

En su cámara, sobre la litera, Una dormía apaciblemente. Sonreía y era feliz en su sueño. Los brazos de Kalf la rodeaban.

CAPITULO IV

Knut le arrebató materialmente el transmisor y se lo pegó a la boca.

—Control Espacial llamando a X.A. 23 —empezó con una monotonía desesperante—. Control Espacial llamando a X.A. 23.

Silencio gravitatorio que se rompió inesperadamente a la tercera llamada.

—X.A. 23 llamando a Control Espacial... X.A. 23 llamando a Control Espacial. Contacto.

Knut lanzó una mirada perforadora a Dee y Lillie, y antes de abrir el contacto preguntó:

—No respondían, ¿verdad?

Era extraño todo él; carente de nervios, por lo menos de un sistema como conocían los científicos terrícolas, transparente en algunas ocasiones, carente también de sentimientos, de emociones, en un momento determinado podía mostrarse irónico, y aquélla era, sin duda alguna, una pregunta irónica.

Fue Lillie la que se dispuso a contestar, pero Knut ya había establecido un nuevo contacto con la nave.,

—¿Cómo va eso? —preguntó.

—Todo, funciona con perfecta regularidad —repuso la voz de Kalf—, Todo en orden, Nos estamos acercando a la III Galaxia, según lo ordenado hace dos meses.

—Déme el rumbo.

La voz de Knut, cuando formuló la petición, era tan verde como su extraño cuerpo de inteligente cosa espacial.

Kalf se lo dijo.

—Es correcto —aprobó—, Siga ese rumbo por todos los medios y llegará. —Hizo una pausa y preguntó—: Esa terrícola, ¿cómo se encuentra?

—¿Se refiere a Una?

—Sí. Supongo que no habrá otra, ¿verdad?

—No, no la hay —siguió informando la voz de Kalf—. Y está perfectamente.

—Cuidela, Kalf —replicó Knut—. Es importante para el Gran Consejo, aunque yo, en particular, no sé para qué.

La voz de Kalf no contestó a aquello, y con algo parecido a una mueca, Knut transmitió el último mensaje del momento, cerró los controles de transmisión, se deslizó hasta el suelo, y allí su cuerpo tomó el color de la baldosa donde se encontraba.

Les estaba mirando, pero ni Lillie ni Dee podían darse cuenta del hecho pues apenas si lograban distinguirlo.

—¿Por qué no se van? —preguntó repentinamente.

—¿Irnos...? ¿Adónde? inquirió Dee.

La risa de Knut también fue verde cuando contestó.

—Los terrícolas son una plaga —dijo seriamente—, y vosotros dos también. ¿Por qué no se van? —¿Adónde?

Lillie fue la que repitió la pregunta de Dee, y Knut desvió los ojos hacia ella.

—Fuera, a descansar unas horas» —Pensó en el sol de aquella galaxia y añadió—: Contad como en la tierra para el regreso. Cuarenta y ocho horas,

Dee pensó rápidamente.

—¿Qué ocurrirá con X.A. 23?

—Su rumbo es correcto y no hay dificultades, Por otra parte, el Gran Consejo siempre sabrá dónde encontrarle.

Era verdad, y tanto Lillie como Dee lo sabían.

Se miraron a los ojos.

En el suelo, sobre la baldosa, completamente hermético, Knut les observaba a su vez, atentamente.

«Imbéciles —pensó—. Son... un completo asco. Su reproducción es imperfecta y por tanto debería ser barrida de todas las galaxias. Voy..., sí, me temo que voy a proponérselo al Gran Consejo.»

—¿A qué esperan? —preguntó.

Dee no respondió.

Tomó a Lillie de la mano, tiró de ella y ambos, muy juntos, empezaron a alejarse hacia uno de los grandes paneles de acero que les cerraban el paso.

A sus espaldas, sin dejar de mirarles, Knut murmuró:

—Son absurdos. Te amo... Te amo... ¡Absurdo!

El panel se cerraba a espaldas de los dos.

Knut dejó de verles, se volvió en redondo, abandonó la baldosa, trepó por la pata, se situó frente a los controles y examinó concienzudamente los mapas de las diferentes galaxias que quedaban bajo su control.

Por primera vez en algún tiempo se encontraba satisfecho del rumbo que iban tomando las cosas.

Sabía que sería expulsado de la III Galaxia por el Gran Consejo si aquella nueva nave intersidereal se perdía en el espacio.

No lo hubiera estado tanto de saber que en el momento en que estableció contacto, Kalf se encontraba en la sala de mandos del XA.

Fuera ya del edificio del Gran Consejo de la III Galaxia, Lillie le detuvo.

—¿Adónde vas a llevarme? —preguntó.

Dee frunció el ceño, dejó transcurrir unos segundos de silencio y preguntó a su vez:

—¿Dónde crees que debo llevarte, Lillie?

Ella se encogió de hombros.

—Podemos irnos de aquí —dijo después.

—¿Quieres decir que deseas abandonar este planetóide en mi compañía?

Lillie contestó la pregunta con otra pregunta:

—¿No es eso lo que quieres tú, Dee? Me deseas, ¿verdad? Es..., es así. Lo sé.

—Sí; cierto. Pero, ¿dónde?

Ella le prendió de una mano.

—Ven —dijo en un susurro—. Iremos a las rampas de lanzamiento.

Dee la miró casi con miedo.

—¿Allí...? —y había asombro en su voz—. ¿Para qué?

Lillie se rió.

—Los terrícolas somos absurdos —replicó—, y a los del Gran Consejo no les extrañará de que nos vayamos por unas horas. ¿Vienes?

Dee se estaba inclinando, sobre ella, buscando sus labios, cuando respondió:

—Desde luego, Knut tiene razón, somos absurdos, pero te amo tanto como te deseo, Lillie.

Y al aplastar sus labios contra los suyos supo sin lugar a dudas que sus palabras, por espacio de milenios, representaban una gran verdad.

Luego, en silencio, cogidos de la mano, fueron a la explanada donde se encontraban las rampas de lanzamiento.

Y la pequeña nave-cohete.

Dee, siempre sin pronunciar palabra, abrió las puertas y Lillie entró en la nave casi sin mirarle.

Dee se instaló a su lado, frente al cuadro de mandos, y a continuación, sin pensar, giró la palanca hacia abajo poniendo los motores en marcha.

Con un rugido, la nave-cohete empezó a deslizarse cada vez más rápidamente sobre la rampa y luego emprendió el vuelo hacia el espacio.

A su lado, Lillie tenía los ojos cerrados.

Pensaba que era feliz.

Pero para que él no lo supiera, también había cerrado la compuerta de su mente como antes lo hiciera allá, a varios años luz, un ser llamado Helius.

Kalf se movió en el sillón giratorio y miró hacia el panel que se abría a su espalda.

No le gustaba el cambio de rumbo, no lo comprendía; los del Gran Consejo debían estar locos.

Ord apareció, cruzó el umbral, el panel se cerró a su espalda y los dos se enfrentaron, el uno en pie, en el centro de la sala, y el otro aún sentado sobre el sillón.

—¿Algo nuevo, Kalf?

—Cambiamos de rumbo.

—¿Qué?

—Así es. Los del Control Espacial nos envían a Ceres.

Ord abrió mucho los ojos.

—¿Cómo..., cómo se les ocurrió eso?

Kalf se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo cierto es que tenemos que ir; que ya estamos yendo.

Siguió un silencio que se hizo obtuso y que el recién llegado rompió:

—Estás cansado, Kalf. Trata de dormir un poco. Te avisaré si hay algo nuevo.

También pensaba en Una cuando le vio dirigirse hacia el panel que él mismo había utilizado para entrar.

Allá al fondo de la nave, Jem continuaba en la sala de máquinas atento a los propulsores atómicos.

Kalf se detuvo un poco antes de llegar al lugar preciso para que el panel se abriera por delante de él, y le miró.

—¿Has visto a Ming? —preguntó.

Ord frunció el ceño.

—No —contestó, escuetamente.

Kalf pensó que era extraño.

Ming había salido fuera de la nave cuando se vieron forzados a tomar contacto con el asteroide.

Iba armado... lo mismo que Una.

Pero Una había dicho que estaba fuera, terminando con uno de los motores.

Era cierto porque el X.A. 23 navegaba por el espacio sin dificultad alguna, y no obstante, desde aquel instante, no había visto a Ming.

—Gracias.

Se volvió de espaldas.

Al hacerlo le llegó la pregunta de Ord:

—¿Qué te preocupa, Kalf?

—Ming —respondió, luego de girar la cabeza a la inversa para mirarle.

—¿Por qué?

Kalf no lo sabía, pero sus sentimientos extrasensoriales parecían advertirle que algo estaba ocurriendo en el interior de la nave, pero no lograba captar el mensaje con perfecta claridad.

—La verdad es que no lo sé. Nunca tardó tanto tiempo en dar una vuelta por aquí.

—¿Y eso qué quiere decir?

Kalf se encogió de hombros, nuevamente se volvió, se descorrió el panel y cruzó al otro lado.

En el largo pasillo vaciló, sin saber a ciencia cierta adónde dirigirse, hasta que optó por encaminarse a la cabina de Ming.

No le encontró.

Miró a su alrededor y aún sabiendo a lo que se exponía, lo registró todo de un modo concienzudo y luego se encaminó al suyo.

No se encontraba verdaderamente alarmado, sino más bien sentía curiosidad por averiguar dónde podría encontrarse y qué estaba haciendo durante aquellas horas, y se preguntaba al mismo tiempo por qué el único contacto que estableció con él fue por mediación de su mente, cosa que no había ocurrido nunca.

En el interior de su cabina, Kalf se dejó caer sobre el camastro.

Seguía pensando.

Allá en la distancia, Knut había dado una orden completamente incomprensible para él, pero no podía hacer nada por remediarlo.

Cerró los ojos y así permaneció durante varios minutos hasta que empezó a luchar consigo mismo, con su mente, que de nuevo, una vez más, se le convertía en una esponja que chupaba y chupaba su cerebro, hasta dejarlo completamente exprimido.

Flotaba entre nubes algodonosas cuando de un modo inconsciente preguntó:

—¿Ming...?

La oyó reír, burlona, acariciante...

—Una, ¿verdad?

La risa de la muchacha se acentuó.

—Sí, así es.

—Eso que estás haciendo lo prohíbe el...

—¿Importa mucho?

—No, si a ti tampoco te importa.

—De ser así no te hubiera llamado.

Kalf dejó que su mente descansara un poco y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Baja del camastro y ven. Te espero.

Voz susurrante, que acariciaba, que prometía...

Kalf se sentó, se pasó la mano por la frente, perlada de gotitas de transpiración, y contestó:

—¿Para qué he de ir?

—Te amo, ¿sabes? *

—¿Es una respuesta?

—Sí, Kalf, lo es. Es... la contestación a una pregunta que me hiciste hace unas horas. Lo pensé, ¿comprendes?

—¿Y el resultado...?

—Te necesito. ¿Vienes?

Kalf se puso en pie.

Pensaba en el Gran Consejo de la III Galaxia, donde tendría que comparecer si se enteraban de aquello, pero no importaba.

—¿Dónde estás?

—En mi cabina, esperándote. Vamos, ven, te noto indeciso.

Kalf suspiró.

Dio un paso -más, su mente volvía poco a poco a recobrar su habitual calma; a la normalidad.

Salió fuera.

Una...

Nunca hubiera creído tener tanta suerte en un maldito viaje »como aquél.

Empezó a andar.

Llegaba muy cerca de la cabina que Una ocupaba, x cuando en sentido contrario vio venir a dos de los miembros que componían el servicio de vigilancia interior de la astronave.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No lo sabemos, Kalf, pero debe ser en la sala de comunicaciones.

—¿Helius...?

—No es seguro. Recibimos la señal de emergencia de ese lugar y tratamos de establecer contacto.

—¿Y...?

—No responde, Kalf.

Se volvió en redondo.

—Vamos.

Cuando lo dijo llevaba la pistola de rayos cósmicos en la mano.

Empezaron a correr, llenando de ruidos fantasmales la nave, con sus pisadas metálicas sobre un no menos metálico suelo.

De los tres, Kalf fue el primero en llegar al panel que le cerraba el paso.

Un panel que no se corrió a un lado para franquearle la entrada.

Kalf se acercó, lo tanteó con la mano izquierda y les miró.

—Algo anda mal ahí dentro —afirmó con voz grave—. Vamos, ayudadme.

Por espacio de tres o cuatro minutos, en conjunto, dispararon contra la parte más vulnerable de la puerta, rayo tras rayo, mientras que el pasillo donde se encontraban se llenaba de blanco humo.

A una seña de Kalf, dejaron de disparar.

—Hay que esperar a que se enfríe.

Lo hicieron.

Largos minutos angustiosos, pesados hasta lo inconmensurable, y que se rompieron de un modo completamente inesperado para él.

—¿Kalf...?

Les miró.

Ambos se mantenían inexpresivos, observándole, esperando una orden para tratar de descorrer el panel.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la llamada había brotado en su mente.

—¿Enfadado...?

—¿Una...?

La muchacha se rió, y su risa de cascabel estalló en su cerebro llenándole de una extraña sensación de eufórica alegría.

—No —contestó—. No del todo.

—En ese caso, ¿por qué no vienes? Estoy impaciente, Kalf, amor, ¿sabes?

—Sí.

—Entonces...

—Iré dentro de poco.

Una tardó varios segundos en contestar.

—Ahora sé dónde estás —afirmó sencillamente.

—¿Sí...?

—Así es. Vamos, Kalf, ¿a qué esperas para abrir esa puerta?

Más que una pregunta parecía un desafío y, al notarlo, Kalf trató de establecer contacto pero no pudo.

Frente a él, los dos miembros vigilantes aguardaban.

—Ayudadme —fue lo que dijo, repitiéndoles lo que ya les dijera anteriormente.

Se volvió hacia el panel, dio un paso adelante y aquél se corrió a un lado, exactamente igual que siempre. Llevando el arma en la mano, a la altura de la cadera, sin una sola vacilación, cruzó al otro lado seguido por los otros dos que se colocaron a su lado dejándole en medio.

Helius estaba allí, caído en el suelo, como una enorme masa de gelatina, sin vida y tan blanco como una hoja de papel.

Kalf no se movió en unos segundos, pero luego se arrodilló a su lado en tanto que los otros dos, sin esperar orden alguna, empezaban, y por separado, a revisarlo todo.

Nada.

No encontraron la menor explicación de lo que había ocurrido allí.

Enfrentaron a Kalf, al terminar.

—¿Qué sucedió?

Se encogió de hombros, una vez más.

—No lo sé —y su voz era ronca—, pero... Bueno, algo o alguien se bebió toda su sangre. En cuanto a sus huesos...

Se puso en pie, vaciló unos pocos segundos y a continuación ordenó:

—Traed algo con que recogerlo, y llevadlo a la enfermería. Decidle a Engar que espero su informe dentro de... de una hora.

Una especie de saco de fibra plastificada, de color rojo, sirvió para el menester; una vez más, Kalf quedó solo.

Cuando dio media vuelta para salir abandonando la sala de transmisiones extrasiderales, su mente estaba completamente en blanco.

Una...

CAPITULO V

—¿Algo nuevo?

Ord se volvió a mirarle.

—Continuamos con ese rumbo, Kalf. —Vaciló un poco, como dudando sobre la conveniencia de decir o no lo que deseaba, hasta que finalmente, optando por lo primero, continuó—: Quisiera establecer contacto con Control Espacial.

—¿Para qué?

—He tenido la genial idea de preguntarles si el rumbo que seguimos es correcto.

—¿Alguna razón para...?

—Ninguna.

Kalf no contestó.

Se sentó a su lado, frente a las múltiples bombillas y pantallas superelectrónicas, y espetó:

—Helius ha muerto.

Ord se sobresaltó.

—¿Cómo fue?

Kalf sacudió la cabeza de un lado para otro.

—Le chuparon la sangre —dijo.

—¿Que le...?

—Así es.

—¿Cómo fue?

Kalf maldijo entre dientes antes de contestar:

—He navegado entre esta galaxia y la constelación de Orión por más de diez años. Era un chiquillo cuando tomé mi primera nave, y nunca vi nada parecido. Ahora..., ahora estoy esperando el informe de Engar. —Consultó las computadores electromagnéticas que tenía a su

lado y comentó—: Faltan varios minutos terrestres para que me llame. En cuanto a sus huesos... es horrible. No me explico qué pudo causar eso. —Continuó callado un breve espacio de tiempo que Ord no interrumpió, y agregó—: Es menester buscar a Ming.

—Creí que ya le habías visto.

—No. Sólo me comuniqué con él.

—¿Que te comunicaste con...?

—Así es -interrumpió Kalf—. Empleando telepatía. Ming fue el primero en hacerlo.

—Es extraño.

Kalf no dijo nada, y Ord no especificó lo que había de extraño en aquello.

Callaron.

Hasta que, de un modo repentino, Ord se volvió hacia el cuadro de mandos y tomó el transmisor interespacial.

—X.A. 23 llamando a la III Galaxia. X.A. 23 llamando a Control Espacial en la III Galaxia. Contesten.

Hubo un silbido que creció de intensidad durante unos segundos y que luego se apagó.

Acto seguido les llegó la voz de Knut:

—Informe.

—Tenemos que corregir el rumbo —dijo—. Nos estamos desviando.

Siguió un silencio completamente denso.

A su lado, Kalf le observaba.

Pensaba en Una, que no había vuelto a emplear su mente para llamarle, contraviniendo así, una vez más, todas las órdenes recibidas del Gran Consejo al respecto.

Un silencio que ahora se rompió.

—Rectifíquelo con lo ordenado anteriormente, y no vuelvan a molestar si no es una emergencia. Y Kalf, ¿dónde está?

—A mi lado.

—Pues dígaselo a él de mi parte —y la voz de Knut era verde, exactamente como su cuerpo.

Ord le interrumpió.

—Hay una emergencia —dijo.

—Informe.

La voz de Knut era cauta

—Helius murió.

—¿Causas...?

—Aún no lo sabemos.

—Comuníquemelas tan pronto como reciban el informe de Engar.
¿Y Ming?

—No se le ha visto desde que descendió en aquel asteroide.

—Búsquelo e informe. Fin de transmisión.

Silencio.

Kalf hizo una mueca con los ojos fijos en el transmisor.

—Continúa aquí, Ord—dijo de un modo repentino—. Quiero ver a Una.

Ord asintió en silencio.

* * *

Knut no dormía.

Tampoco transmitía.

Hacía horas que no lo había hecho.

Se encontraba a solas en gran sala de Control Espacial y por primera vez pensaba intensamente en todo aquello.

Algo estaba ocurriendo en aquellas naves, algo que todavía

escapaba a su control.

Sus ojillos brillaban, fijos en las bombillas que tenía delante, que se apagaban, que se encendían, que se apagaban y volvían a encenderse por debajo de su cuerpo pequeño, de cosa, de bestia inteligente.

También pensaba en Lillie y Dee, repitiéndose una vez más su frase favorita: «Eran absurdos».

* * *

Una no estaba allí.

Kalf frunció el ceño.

Sobre el camastro vio su traje espacial, pero no la pistola de rayos cósmicos que usaba, y su ceño se frunció aún más.

Varias prendas más, intimas en su mayoría, algún libro de ciencias, incomprensible para él, y nada más.

Engar.

Al recordarle, Kalf abandonó la cabina de Una y por entre los corredores se fue acercando a la enfermería.

No llamó.

Se limitó a cruzar al otro lado del panel y le vio allí, junto a aquella masa gelatinosa que no hacía mucho fue uno de sus ayudantes más perfectos dentro de la nave espacial.

Al oír sus pasos, Engar deslizó su cuerpo de robot hacia un lado, giró en redondo y le enfrentó.

—¿Qué es lo que tiene, Engar? —preguntó.

—Falta información. No es correcta la pregunta —le respondió Engar, con su voz metálica.

—Tal vez la formulé mal —repuso Kalf.

—Correcto. Está mal.

—Rectifico. ¿Qué causas le convirtieron en eso?

Engar dejó que las luces rojas de sus antenas se encendieran por espacio de unos treinta segundos, las apagó, y acto seguido contestó:

—No estoy programado para contestar a esa pregunta, Kalf.

—¿Qué quieres decir?

Las luces del robot se encendieron por segunda vez lo que para Kalf quería decir que su poderosa mente electrónica estaba pensando intensamente.

—No hay datos suficientes —contestó por fin—. Mis circuitos internos me dicen que los busques, Kalf, y luego formules la pregunta.

Giró a la inversa, volviéndole la espalda, y se inmovilizó.

Kalf sabía que era inútil continuar insistiendo.

—Recógelo... —dijo un segundo antes de abandonar la enfermería. <

Directamente se encaminó, una vez más, hacia la cabina de Una.

En la sala de motores, Jem la vio entrar.

—¿Curioseando? —preguntó.

Ella le era simpática, como se lo era a toda la población.

—Me aburro sola —especificó Una, acercándosele, pero con los ojos fijos en el cristal que había colocado a la altura de un hombre corriente, en el centro de uno de los paneles que en realidad eran simples puertas correderas. Preguntó, deteniéndose a su lado—: ¿Qué es eso?

Chispas, relámpagos, cruzándose en el interior como rayos, en luces multicolores entre las blancas y la azulada.

—Los reactores, Una. v

—¿Peligroso?

—Capaz de barrerlo todo. —Señaló un botón rojo que ella ni había visto y añadió—: Bastaría activarlo mediante ese botón.

Una volvió la espalda a la sala de reactores.

—¿Todo marcha bien? —preguntó.

—Sí, así es.

Una le sonrió.

—Estoy muy cansada —dijo en tono confidencial—. Deseando llegar, ¿comprendes?

—Me temo que por el momento, Una, eso se va a retrasar bastante.

Ella abrió mucho sus grandes ojos.

—¿Sí...? —preguntó—. ¿Por qué?

Y había sorpresa en su voz.

—Cambiamos de rumbo.

—¿Qué...?

—Transmitieron el mensaje desde Control Espacial.

—¿Y...? ¿Adonde vamos ahora?

Estaba contrariada.

Aquello era obvio para Jem, que contestó:

—Vamos a Ceres.

La extrañeza de Una subió de punto.

—¿Allí?... ¡Diablos! ¿Para qué?

—En la sala de transmisiones, Ord está esperando nuevas instrucciones.

Ella le miró pensativa.

—Hace mucho que no he visto a Ord. Desde el mismo día en que llegué a esta nave y Kalf me lo presentó. —Fruunció el ceño, como si estuviera pensando rápidamente y añadió—: Ni a Helius tampoco. Voy a tener que ir a verles.

Y estaba diciendo la verdad..

Como Jem también lo hizo cuando afirmó:

—Han dado la alarma general. Lo sabes, ¿verdad?

—Me encontraba en mi cabina cuando oí la orden. ¿Qué es lo que

ocurre?—¿No lo sabes?

—No.

—Helius ha muerto. Un momento antes de que llegaras, el propio Ord me lo comunicó.

—¿Cómo fue?

—Eso —replicó, bajando la voz, como temeroso de que le oyeran— es algo tan extraño como esa descabellada orden para que nos dirijamos a Ceres.

Una fue a responder, pero no pudo.

A sus espaldas se corrió uno de los paneles y en el hueco quedó enmarcada la figura de Kalf.

Se miraron los tres, en silencio, que duró unos segundos, y que el , propio Kalf rompió dirigiéndose a la muchacha.

—¿Qué haces aquí?

Ella lanzó una fugaz mirada a Jem.

—Curioseando, Kalf —dijo. Hizo una ligera pausa y formuló una pregunta—: En realidad, ¿qué es lo que le ocurrió a Helius?

El rostro de Kalf se nubló.

—Aún no lo sabemos —respondió.

—¿Qué dice ese robot?

—Engar no está programado para eso. Esa fue su respuesta.

—En ese caso, ¿para qué diablos lo queréis?

—Es el mejor científico-doctor que he conocido hasta ahora, Una... y nunca contrae enfermedad alguna. Por eso lo necesitamos.

Ella dio la callada por respuesta, y el silencio lo rompió Kalf al añadir:

—Ven conmigo. Quiero hablar contigo. Una miró a Jem y éste se volvió de espaldas enfrentando el cuarto donde se encontraba el reactor.

Una giró en redondo y salió fuera sin volver la cabeza, llevándole detrás.

Kalf la alcanzó en el pasillo. —¿Dónde has estado hasta ahora? —inquirió. La hermosa cabeza de la muchacha se ladeó hacia él y clavó los ojos en los suyos.

—En mi cabina —respondió—. Pensando. Luego oí la señal de alarma general y salí fuera. No te encontré y fui a ver a Jem. El me contó lo que ocurría.

Kalf tardó un poco en contestar, y cuando lo hizo fue formulando una nueva pregunta: —¿Viste a Ming? El ceño de ella se frunció.

—Salió conmigo fuera de la astronave, Kalf, y luego... Bueno, creo que te lo conté. El la miró pensativamente. —¿Y no le has vuelto a ver? —Ya te he dicho que no.

Ambos, mientras andaban, como puestos de acuerdo, se estaban dirigiendo hacia la cabina que ella ocupaba en la nave intersideral. El panel. Una se detuvo.

—Voy a descansar un poco, Kalf —dijo. Pero él no era de la misma opinión, por el momento, ya que especificó:—Quiero hablar contigo. Te lo dije antes.

—¿Y...?

—Podemos entrar, ¿no?

Una le miró atentamente.

—¿Qué es lo que intentas, Kalf? —preguntó—. ¿Hacerme tuya?

—Hablar, Una; nada más que eso. Luego... ya veremos.

Ella dio un par de pasos, y lo mismo que siempre, el panel se corrió a un lado dejando el correspondiente hueco para que entraran.

Lo hicieron, el uno detrás del otro y una vez allí, completamente solos, se enfrentaron en silencio, que la propia Una rompió con una pregunta:

—Bien, Kalf, ¿qué es lo que quieres de mí? Si no es.; Si no...

Su voz sonaba fría, pero Kalf ni siquiera se dio cuenta del hecho.

—¿No fuiste tú la que me llamaste?

Sus ideas se estaban ofuscando...

Levantaba una de sus cejas.

—¿Cuándo? —preguntó a su vez.

Kalf dio un paso al frente.

—Hace muy poco —especificó—. Con tu mente.

Una denegó con la cabeza.

—No hice tal cosa, Kalf —negó—. Estás sufriendo alucinaciones.

Kalf dio otro paso y la bofetada la alcanzó a un lado de la cara. Una dio un par de vueltas sobre sí misma y cayó al suelo.

Desde allí le miró. Sus ojos estaban secos y su rostro se había petrificado.

—No vuelvas a hacerlo, Kalf —dijo con voz oscura—. No me gusta.

Se puso en pie sin que Kalf hiciera nada por ayudarla.

—Explica eso.

—Primero fue Ming y luego Helius. ¿Por qué, Una?

—¿Ming...? ¿Qué quieres decir?

En aquel momento, Ord, en la sala de controles, se volvía de espaldas al cuadro de mandos para enfrentar a la figura de Una, que se le acercaba lentamente, son- riéndole, acariciante, deseable...

—Hola, Ord —dijo, con voz de terciopelo—. ¿Alguna novedad?

Ord tardó varios segundos en contestar.

CAPITULO VI

—¿No lo sabes?

Le miró.

—No.

Kalf se encontraba de nuevo muy cerca de ella, casi rozándola.

—Salió contigo, muchacha —dijo—. Di la alarma general y mandé registrar la nave hasta en los sitios más inverosímiles. Ming no se encuentra aquí, Una. Dime, ¿qué fue lo que pasó en el asteroide?

Una retrocedió un paso, mirándole fijamente a los ojos.

—Sal de aquí, Kalf —fue lo que dijo, tras unos segundos de silencio.

El no se movió.

—Ming era el comandante de la nave, y ahora no está, ¿comprendes?

Avanzó otro paso.

—Habla, Una, tú sabes lo que pasó.

Ella se mantuvo inmóvil, sin dejar de mirarle.—Ya veo que no me crees, Kalf—dijo—, y sin embargo, te dije la verdad de todo. Una verdad que no voy a repetir.

—Me llamaste aquí. Dijiste que... me amabas, que lo habías pensado —sus manos estaban sobre sus hombros; se inclinaba sobre sus labios—. ¡Contesta de una vez!

—No te llamé, Kalf. ¿Es que no lo comprendes? A bordo hay algo que... que... Pero eso es una imbecilidad, Kalf. Sólo nosotros estamos aquí. Tú, Jem, Ord, yo y el resto de la tripulación. Ming y Helius... Trata de buscar una explicación y entonces... sabremos la verdad. Una verdad que puede ser... ¡Kalf! Él me habló empleando un código prohibido, ¿entiendes? Tal vez... se retrasó o hubo un error de cálculo y se quedó allí, en el asteroide. Y ahora estamos viajando hacia Ceres. ¿Por qué, Kalf? ¿Es que no me crees? ¿No te das cuenta de que te estoy diciendo la verdad?

El deseaba crearla, pero no podía, y no pudo, hasta que Una, tomando la iniciativa, aplastó los labios contra los suyos.

* * *

Amanecía cuando ella preguntó:

—¿Y ahora...?

—¿A qué te refieres, Lillie?

—Knut. Temo a esa cosa y... y...

Dee sonrió.

—Hay que limar asperezas.

—Sí, lo sé... pero... pero le odio, o por lo menos creo que es ése el sentimiento que me inspira. Por otra parte... Bueno, se podría conspirar contra él, pero eso no conduciría a nada, y tampoco lo deseo.

Se puso en pie, y desde el suelo donde quedaba tendido, Dee la contempló en silencio.

—Desde luego, Lillie —dijo suavemente—, casi estoy por darle la razón.

—¿Sí...? ¿En qué? ,

—En que somos absurdos, extraordinariamente absurdos, los terrícolas.

Y ella se echó a reír.

Dee se levantó poco después, se acercó y musitó junto a una de sus rosadas orejas:

—Tenemos que irnos.

—Dee...

—¿Sí...?

—¿Volverá a ocurrir, esto de ahora?

El la tomó por la cintura.

—Lo procuraré —replicó, empujándola hacia la nave-cohete que les llevara hacia allí.

Las veinticuatro horas que Knut les diera, estaban tocando a su fin. Frente a la puerta del enorme edificio sede del Control Espacial, Lillie se detuvo, y Dee pudo notar cómo se estremecía mirando la enorme cúpula ojival que se perdía allá en las alturas, hacia las estrellas por donde navegaban las naves de la III Galaxia.

—¿Qué es lo que te ocurre?

Le miró.

—Nada.

—¿No...?

—Bueno, sí —le miró a los ojos—. Siempre me estremezco cuando voy a entrar aquí.

—¿Knut?

Lillie le sonrió.

—Es cierto —dijo—, y creo que ya te lo expliqué. Creo que siento aversión por esa cosa, con su superinteligencia tan infinita como el propio, firmamento.

—Esa sensación... la experimentamos todos, aunque no sea del todo verdadera. Incluso los del Gran Consejo. Pero nos hace falta, Lillie.

—Lo sé.

—¿Vamos?

La prendió por la cintura y ella se dejó llevar.

Fuera, más atrás, la nave-cohete era retirada del lugar de aterrizaje hacia la rampa de lanzamiento, donde estaría siempre dispuesta para un nuevo vuelo espacial de corta duración.

El ascensor ultrarrápido.

Knut les vio entrar y se deslizó por la pata de la mesa hasta el suelo.

—Se han retrasado media hora —chilló con voz aguda—, y voy a presentar una queja al...

Dee le interrumpió.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Knut fijó sus ojillos en él.

—Todo marcha según lo previsto —replicó.

—¿Qué se sabe de X.A. 23?

—Se dirigen hacia aquí, sin un solo fallo.

Hizo ademán de retirarse, se contuvo, y acto seguido señaló a Lillie.

—Tu composición biológica es deficiente —dijo con voz mofletuda—. No se debe odiar... lo que es una palabra terrícola que para mí no tiene significado alguno, aunque sea eso lo que sientes por mí. Ten cuidado, porque ésa es otra de las cosas que están prohibidas por el Gran Consejo.

Era una amenaza y ambos lo sabían.

Callaron.

Knut empezó a deslizarse hacia el redondo panel a través del cual abandonaba siempre la sala de Control Espacial, pero antes de atravesar el hueco se volvió a mirarlos.

—Me voy a dormir, Dee —dijo—. Llámame si hay algo nuevo.

No esperó respuesta, que por otra parte ninguno de los dos iba a darle, y desapareció dejándoles solos.

—Es odioso.

Dee no respondió, lanzó una mirada hacia los innumerables controles yladeó la cabeza para mirarla.

—Ayúdame —dijo.

—¿Sí...? ¿A qué?

—A verificar todo esto.

—Sí, claro, se marcha a dormir y nosotros...

—El lo necesita, Lillie —cortó Dee—. ¿Me ayudas...?

—Sí.

Sesenta minutos más tarde daban fin a la tarea.

Ya sentados frente al panel del cuadro de transmisiones, Dee comentó:

—Me olvidé de una cosa, Lillie.

—¿Y es...?

—Preguntarle a Knut cuánto tiempo hace que se puso en contacto con XA 23.

—¿Por qué no les llamas y lo averiguas?

Dee pensó que llevaba razón, por lo que a los pocos segundos empezó a hacerlo.

—III Galaxia llamando a X.A. 23... III Galaxia llamando a X.A. 23... Contesten.

La respuesta no se hizo esperar.

—X.A. 23 a III Galaxia. Todo va bien. Rumbo 2-B 340. ¿Algo más?

Era la voz de Kalf.

—¿Kalf...?

—Sí.

A su lado, Lillie cotejaba unas cifras sobre un blanco papel que le mostró a Dee.

Tras lanzarle una rápida ojeada, contestó:

—Rumbo correcto, Kalf. ¿Cuándo nos veremos?—Si todo marcha como hasta ahora, dentro de una semana. ¿Y Lillie?

—A mi lado.

—Eso está bien. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Dónde está Knut?

Dee se echó a reír.

—Durmiendo.

A través del espacio le llegó la risa un tanto burlona de Kalf.

Pero en aquel momento Kalf, a bordo de la nave intersideral, no podía transmitir ni emitir.

Los brazos, las caricias y los besos de Una se lo impedían.

Abajo, en la sala de controles de la III Galaxia, Dee cerraba el transmisor intersideral y se volvía a mirar a Lillie.

—¿Qué te ha parecido eso? —preguntó.

Mirándose en sus ojos respondió:

—Perfecto. Y hubiera sido un viaje extraordinario de no haber tenido que detenerse en ese asteroide. Ya podrían estar aquí.

Dee no respondió.

Pensaba. ,

Hasta que de un modo repentino se puso en pie y empezó a pasearse de un lado para otro.

Segundos o minutos, tal vez horas, lo cierto es que no sabía cuándo, de un modo repentino se detuvo frente a ella, mirándola fijamente, con tal expresión, que Lillie se sobresaltó sin poderlo evitar.

—¿Qué..., qué te ocurre, Dee? —preguntó.—¡Repíteme eso, Lillie! ¡Vamos, repítelo!

—¿Qué es lo que debo repetir? —preguntó, sorprendida.

—Lo del asteroide. Vamos, dílo otra vez.

Y ella, cada vez más sorprendida, lo hizo, y luego preguntó:

—¿Qué estás tratando de decirme, Dee?

—Pero, ¿es que todavía no te has dado cuenta?

Estaba excitado, como nunca le había visto. —No —respondió.

—K.L. 1, Lillie, ¿recuerdas? El K.L. 1 y el asteroide. Esa nave también tenía el rumbo previsto y... y... ¿Cómo diablos no lo pensé antes, Lillie? Dímelo, ¿quieres? El K.L. 1 se perdió. Desapareció en el cosmos sin dejar rastro. Y... también se detuvo en un asteroide por un fallo de uno de sus motores. Son tres o cuatro las naves,.. —Se interrumpió para añadir casi a continuación—. ¿Es que todavía no lo comprendes?

Lillie tardó en contestar.

Le miraba. .

Analizando todas y cada una de sus palabras con su enorme cerebro, sólo comparado a una máquina electrónica, hasta que finalmente respondió:

—Despierta a Knut, Dee.

—¿Si...? ¿Para qué?

—Sencillamente para que hable con los miembros del Consejo Espacial.

—No me escucharía.

—¿No...? ¿Por qué?

—El fracaso sería mío y no suyo, ¿comprendes?

Lillie se puso en pie y se le acercó.

—Ten cuidado con todo esto, Dee —dijo suavemente, poniendo las manos sobre sus hombros e inclinándose sobre sus labios—, ahora que te quedas solo. No te descuides ni un solo segundo, y llama a esa nave cada tres o cuatro minutos mientras vuelvo.

—¿Adónde vas? ¿En busca de Knut? No te hará caso.

—Voy a tratar de ver a Swift 2, Dee.

El la miró con sorpresa.

—¿Swift? Sería conveniente, desde luego, si no fuera tan expuesto.

—¿Expuesto? ¿Por qué?

—Knut. Esa cosa verde tiene toda la confianza de la III Galaxia.

—Lo sé.

—¿Y aun así...?

—Voy a ir a verle —le interrumpió.

Terminó de inclinarse y aplastando los labios contra los suyos, mientras llevaba las manos a su cuello, impidió que le diera la respuesta.

Cuando Dee quiso hacerlo, Lillie atravesaba el hueco que dejaba el panel que tenía a su espalda.

El corredor.

Metálico.

De un metal plastificado, infinitamente más duro que el antiguo acero y tan transparente como el no menos antiquísimo cristal.

Lillie lo tomó, avanzando rápidamente, envuelta en su traje de aluminio tan manejable como cualquier vestido del siglo XX, de lana o tergal.

Mediado el mismo dobló hacia la derecha, adentrándose por aquel nuevo corredor por donde anduvo unos cincuenta o sesenta pasos, y luego se volvió hacia la izquierda.

Se acercó a la metálica pared, la golpeó suavemente con los nudillos, por tres veces consecutivas, esperó un par de segundos, y la golpeó una vez más.

Una sola, y la pared, un trozo de aquélla, se abrió dejando un hueco lo bastante amplio para dejarla pasar.

Una sala hecha del mismo metal, desnuda, circular, y allá al fondo, dos miembros armados con pistolas de rayos cósmicos que guardaban la entrada del ascensor que la llevaría al santuario de Swift 2.

Sin una sola vacilación, Lillie atravesó la sala de un extremo a otro y se detuvo frente a los dos.

—¿Qué quieres, terrícola?

El rostro de la muchacha no se alteró ante una pregunta que incluso podría interpretarse de despectiva, y respondió:

—Ver a Swift 2.

—¿Tienes cita?

—No.

—En ese caso, pídelo.

—Es una emergencia.

Hubo una ligera pausa que el otro rompió:

—Tú estás a las órdenes de Knut, ¿no?

—Así es —repuso Lillie.

—¿Te envía él?

—No.

—En ese caso, vete.

Lillie no respondió de momento, hasta qué de pronto dio el estallido:

—La responsabilidad es mía... y tuya si no me dejas pasar, ¿entiendes? Puedes ir a la Cámara y tú...

El otro la interrumpió: —Si te equivocas...

—Sé a lo que me expongo —cortó Lillie—. En el peor de los casos me enviarán a cualquier planetoide lejos de aquí, para el resto de mi vida. Avisa a Swift 2.

Hubo una duda, muy corta, y uno de los dos le dio la espalda, tocó la pared que ahora tenía frente a él, se descorrió un pequeño panel y desapareció por el hueco.

CAPITULO VII

Cuando reapareció, unos minutos más tarde, sólo dijo:

—Ven conmigo, terrícola.

Lillie le siguió.

Un par de minutos después se enfrentó con Swift 2.

Alto, huesudo, envuelto en una especie de túnica blanca, cadavérico, de hundidas cuencas y ojos tan transparentes que a través de ellos dejaba ver los nervios que iban directamente a su cerebro.

No pronunció palabra cuando la vio.

Se deslizó por el suelo, dando la impresión de absoluta ingravidez, y se detuvo frente a ella.

—Habla, Lillie —dijo, llamándola por su nombre, a pesar de que no era terrícola ni mucho menos.

Tras una ligera vacilación, la muchacha empezó a relatarle cuáles eran las sospechas de Dee y de ella misma.

Al terminar, Swift preguntó:

—¿Lo sabe Knut?

Allá en las estrellas, la nave intersidereal X.A. 23 navegaba dos veces a la velocidad de la luz, acercándose a su punto de destino, fuera ya de la constelación de Antares.

* * *

La mano. La tenía libre.

Hizo un esfuerzo terrorífico, y sus dedos largos y sensibles aprisionaron uno de los botones del cuadro de mandos.

Tenía que abrir los intercomunicadores.

Debía hacerlo, pero casi no podía.

La presión ejercida contra su cuerpo empezaba a ahogarle y la sensación de repugnancia que experimentaba le llevaba al borde de descomponerse.

Ord supo que aquello no ocurriría nunca y abrió la boca girando al mismo tiempo el botón del intercomunicador, con lo que la transmisión quedó establecida en toda la nave.

Ahora trató de zafarse, efectuando el último esfuerzo, pero tampoco pudo.

Entonces gritó.

* * *

Un grito alucinante, terrorífico, que llenó toda la nave, yendo de altavoz en altavoz, y que estalló en el interior de la cabina de Una, ensordeciéndoles a los dos, llevándoles en menos de un segundo a lo inconmensurable del Más Allá.

Se separaron mirándose a los ojos.

Una estaba pálida.

—¿Qué fue eso, Kalf? —preguntó.

Voz vacía, irreconocible hasta para ella misma.

Kalf se puso en pie.

—Voy a averiguarlo.

Una le imitó y le prendió de un brazo.

—No vayas; no lo hagas —susurró—. Tengo miedo, ¿sabes? Por primera vez tengo miedo a todo.

Estaba pensando en Ming cuando pronunció aquellas palabras, aunque no llegaba a comprender el porqué de su pensamiento.

En aquel momento, Kalf se apartaba de ella.

—Debo hacerlo. Creo..., creo... —Vaciló un poco y luego añadió —: Creo que fue Ord.

Salieron casi juntos, el uno detrás de la otra, llevando las «Láser»

en las manos.

El corredor frente a ellos, vacío, silencioso, como si en el interior de la nave se encontraran los dos solos.

Empezaron a correr, torcieron a la derecha, más tarde a la izquierda, se adentraron en aquel nuevo pasillo, casi hasta el final.

La célula, que se rompió tan pronto como se acercaron al panel.

Entraron, ella pegada materialmente a su espalda.

El cuadro, para Kalf, no era del todo desconocido.

Ord, o lo que quedaba de él, semejaba a Helius como una gota de agua a otra.

Sobre sus hombros, Kalf notaba la presión de los dedos de Una.

No se volvió a mirarla, pero sí avanzó un poco más y sin abandonar el arma se arrodilló al lado de aquella masa, parecida a la gelatina, y la examinó.

Una callaba, en pie detrás de él.

Trataba de pensar, de recordar algo que estaba en su mente, o por lo menos lo creía así, pero no lo conseguía.

Kalf se levantó, lanzó una mirada a su alrededor, pero el TERROR ya no se encontraba allí.

Se había volatilizado.

Eso era todo, aunque ninguno de los dos lo sabía.

—Ayúdame, Una —pidió—, tenemos que revisar todo esto.

Lo hicieron así.

Tres cuartos de hora más tarde sabían que todos los controles estaban bien y que el rumbo hacia Ceres era correcto.

No obstante, la gran nave intersidereal en el interior de la cual viajaban, acababa de dar una amplia curva y ahora, a velocidad cada vez mayor, ponía rumbo hacia el asteroide donde se vio obligada a posarse, unas cuantas horas antes.

—¿Qué vas a hacer?

Sin responder, Kalf se acercó a una de las paredes, descolgó el

intercomunicador y empezó a transmitir.

Jem le contestó casi en el acto.

—¿Qué fue ese grito? —fue su primera pregunta.

—Ord. Ha muerto. ¿Alguna novedad en las máquinas o en los reactores?

—Ninguna. ¿Cómo fue lo de Ord?

—Es... como si le hubiera ocurrido a Helius, ¿comprendes? Y lo que es peor es que... que Engar no puede hacer nada.

—¿Qué piensas hacer?

Kalf dudó unos segundos antes de dar la orden, sabiendo como sabía que ahora toda la responsabilidad del futuro de la nave recaía en él.

—¿Llevas armas? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué?

Kalf tragó saliva.

—Cierra todas las compuertas —dijo—, acondiciona el aire para que puedas respirar y no abras a nadie. Ni a mí mismo, ¿entiendes? Si a pesar de eso logra entrar lo que sea, dispara primero, contra lo que sea, aunque pertenezca a la nave. Bajo ningún concepto deben acercarse a los reactores.

—Correcto, Kalf. ¿Y Una?

—Está conmigo.

—Bien. —Vaciló un poco y formuló una nueva pregunta—: ¿Cómo nos pondremos en contacto tú y yo?

—Por medio del intercomunicador, Jem. Pero escucha esto, aunque te mande salir de ahí, no lo hagas. Eso es todo.

Cortó y miró a Una.

Ella le estaba mirando a los ojos cuando preguntó:

—Ahora ya no dudas de mí, ¿verdad?—No. —La prendió de un brazo y tiró de ella—. Ya no.

Alcanzaron el corredor sin querer lanzar una sola mirada a lo que

en vida se llamara Ord.

Había figuras armadas a lo largo del mismo, de las cuales se destacaron dos.

—¿Qué fue lo que ocurrió, Kalf? —preguntó una de ellas—. Ese grito... fue espantoso.

Kalf señaló hacia atrás, hacia la sala que había quedado a su espalda.

—Lo que hay ahí también lo es —dijo—. Recogedlo y llevadlo al «doctor». Y vosotros —añadió dirigiéndose a los demás—, reforzad las guardias en los puntos más estratégicos de la nave. —Prendió a Una por un brazo y siguió—: Ven conmigo.

Empezaron a alejarse.

Frente al panel que daba acceso a la cabina de Una, Kalf se detuvo y la soltó.

Se inclinó un poco para mirarla fijamente a los ojos, y los pechos de la muchacha se agitaron bajo el traje que llevaba puesto, parecido al de Lillie.

—¿Sí, Kalf...? —preguntó.

—Quiero que entres y te quedes ahí.

—Pero... ¿Y tú?

—Tengo que dar una vuelta por ahí.

Una vaciló un poco antes de responder:

—Iré contigo.

—Vas a quedarte aquí. Lo entiendes, ¿verdad? —repitió Kalf, y ella pudo notar que su voz había cambiado un poco.

—Yo...

—Ahora me perteneces y no deseo que te ocurra nada, ¿comprendes? —puso una de sus manos sobre su hombro—. Si consigo llevar la nave a la III Galaxia, tú y yo, Una, regresaremos al planeta Tierra.

Una sonrió.

—Eso sería hermoso —replicó.

—Entra, Una.

—No deseo dejarte solo.

Y permanecieron juntos durante una hora.

Sesenta minutos que representaban, allá en el espacio infinito donde se movían, mucho menos que nada.

Alcanzó el corredor con la «Láser» en la mano y dudó entre regresar a la sala de transmisiones, uno de los puestos que habían quedado vacantes con la misteriosa desaparición de Ming y que él debía ocupar como lo había hecho hasta el momento presente, o revisar nuevamente la nave.

Optó por lo segundo.

Empezó a andar, oyendo sus pasos golpeando rítmicamente el metálico suelo; pasos que rebotaban de pared en pared, despertando los ecos dormidos de la nave y finalmente, pasos que iban a perderse por los recodos, por el resto de los pasillos, produciéndole la extraña sensación de que se estaban burlando de él.

Kalf se detuvo un par de veces antes de enfilar el que debía conducirlo directamente hacia el cuadro de reactores, hacia la máquina de la astronave.

Les vio antes de entrar.

Cuatro.

Dos a cada lado del panel que servía de puerta, tras la cual se encontraba Jem,

Con las pistolas de, rayos cósmicos en las manos.

Continuó andando.

Frente a él, viniendo de uno de los pasillos adyacentes, desembocaron otros seis, también armados, exactamente como él mismo había ordenado.

Los del panel se volvieron.

Los otros continuaron andando, con perfecta calma, como si no adivinaran el peligro que él avistara en un quinto de segundo.

Era algo que iba a producirse, que estaba viendo y que a pesar de verlo no podía creer.

Trató de gritar, de decir algo, pero no pudo.

Algo así como una garra le oprimía el interior de la mente, y su cerebro de esponja no podía enviar ni una sola orden a los músculos de su garganta.

Entonces, frente a sus ojos desorbitados, ocurrió.

* * *

—No, no lo sabe. —¿Por qué?

—Creo que no me hubiera creído y, sin embargo, es cierto.

Swift la miró fijamente. —¿De quién fue la idea? —¿Qué idea?

—La de que estés aquí. ¿Tuya o de Dee?

—Fue mía.

Pero Swift creía que estaba mintiendo y también las razones que tenía para hacerlo. Lo estaba leyendo en el interior de su mente.

Alargó un brazo para señalar hacia atrás.

—Sígueme —dijo.

—¿Dónde?

Era una pregunta improcedente, pero a pesar de saberlo, Lillie la formuló, y Swift, sin dejar de mirarla, le mostró sus encías, desprovistas de dientes, en algo parecido a una sonrisa

—Vas a sentarte frente al Gran Consejo.

Las piernas le temblaron.

—Vamos.

Puso una de sus manos de dedos largos, sarmentosos, terminados en punta y sin uñas, en uno de sus hombros.

La empujó.

—Vamos —repitió una vez más.

El hueco de la pared era pequeño y oscuro, contrastando

enormemente con la luminosidad del resto del edificio, producida por el sol de la III Galaxia.

—Pasa.

Lillie continuó sin responder y entró en el hueco.

— Swift se colocó a su lado, estudió el cuadro de mandos múltiples que tenía a su alcance y hundió uno de los dedos en uno de ellos.

CAPITULO VIII

Lillie empezó a viajar hacia abajo.

—No tengas miedo.

—No lo tengo.

Silencio.

Un minuto, dos; nunca lo supo, hasta que de un modo repentino oyó la pregunta: —¿Por qué odias a Knut? —¿El te dijo eso?

—No. Fue tu mente, Lillie. Estás tratando de cerrarla a mí, pero no puedes;

Era verdad y ella, no respondió. Trató de no pensar.

No era nada agradable el saber que cualquiera, dentro o fuera de la III Galaxia, pudiera hacerlo. Se arriesgó.

—Hacer eso lo prohíbe el Gran Consejo, Swift, y tú perteneces a él.

—Es cierto; pero no en este caso.

—¿Por qué?

—Estoy tratando de averiguar una razón.

—¿A causa de Knut?

—Sí. Pero tú no me dejas, y no debes resistirte. No lo hagas, Lillie.

—Trato de que sea así, pero no lo consigo.

El ascensor se detuvo.

Un nuevo hueco.

Resplandeciente, lleno de luz, y la sarmentosa y extraña mano de Swift sobre su hombro, empujándola fuera, hacia el largo y ancho corredor que se abría frente a los dos.

Era extraordinario, pero no sentía temor alguno.

—Eso me alegra, Lillie.

Le miró con desagrado.

Tratando una vez más de no pensar en nada, ni siquiera en Dee, que estaría preocupado por ella.

Una puerta que se corrió a derecha e izquierda dejando un hueco en el centro.

Swift pasó delante, llevándola detrás.

Luego se detuvo.

Lillie miraba como fascinada, porque nunca estuvo allí.

Se encontraba en una gran sala con una mesa en el centro, rodeada de sillas de alto respaldo, algo que muy bien podía tomarse por la sala de recepción de la Casa Blanca en la desaparecida capital de los antiguos Estados Unidos de América, allá en la lejana Tierra.

En algo que se hundió en olvido del tiempo, cuando la Catástrofe Final.

—Siéntate.

—¿Dónde?

No le miraba, no pensaba, hablaba como una autómata.

—Allí.

La cabecera de la enorme mesa.

Lillie sabía lo que aquello significaba.

Lo hizo, sin protestar, sin pronunciar palabra, sabiendo que fue ella misma la que deseó verse allí.

Y esperó.

Fue muy poco; les vio entrar.

Uno por cada planeta de los que componían la III Galaxia.

Algunos repelían; otros no.

Se estaban sentando.

La miraban, tratando de penetrar en su mente, de escudriñarla hasta lo infinito.

Empezó a resistirse.

Un minuto, dos, en el más espantoso silencio, mientras que las figuras que tenía delante clavaban los ojos en ella, o su equivalente.

Su cuerpo se relajaba; no lo deseaba, pero no podía evitarlo.

Cerró los ojos.

Cuando los abrió se encontraba sola, si se exceptúa la compañía de Swift.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

Swift no sonreía cuando respondió:

—Ven conmigo.

—Y ahora, ¿adónde me llevas?

—Regresas al lado de Dee.

—¿Y...?

No se atrevió a pronunciar su nombre, pero él sí lo hizo:

—¿Knut...?

—Sí.

—Nada.

Lillie no contestó y salieron; recorrieron el camino a la inversa.

Cuando el ascensor se detuvo frente a la grande y circular sala, ella preguntó:

—¿Qué va a pasar conmigo, Swift?

—Eso lo decidirá el Gran Consejo.

No contestó, porque sabía positivamente que era inútil insistir.

Pero continuaba sin tener miedo.

—Vete ahora. Ya se te avisará.

Empezó a andar, cruzó la sala hasta el otro lado, alcanzó el pasillo y siguió andando en dirección al lugar en que Dee la esperaba.

Lo mediaba cuando le vio, casi frente a ella, sobre una de las baldosas; la cosa verde y unicelular que era Knut la contemplaba a su vez con los ojillos entre irritados y burlones, y sobresaltada se llevó las

manos al pecho, tal vez para ahogar el pequeño grito que pugnaba por surgir de su garganta.

A continuación le oyó hablar con voz chirriante:

—Fue un error por tu parte, Lillie —dijo.

—¿Por qué no trataste de evitarlo?

—Por nada, pero sabía que ibas a hacerlo.

—¿Y...?

—Fue un error, tuyo y de Dee.

—¿Por qué?

—Sé lo que está ocurriendo en esas naves, Lillie, y también sé lo que voy a hacer para remediarlo. .

No esperó respuesta, se deslizó por el suelo y se fue siguiendo los pasos que ella había traído hasta allí.

Lillie ni siquiera volvió la cabeza cuando empezó a caminar en sentido inverso al de Knut.

Seis o siete minutos más tarde se encontraba entre los brazos de Dee.

Al separarse, él fue quien rompió el silencio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—Me senté en la mesa del Gran Consejo.

Dee la miró con gesto preocupado.

—¿Y qué más? —volvió a preguntar.

—Me dormí.

Dee frunció el ceño.

—Después de ese sueño..., ¿qué te dijo Swift?

—Nada; pero aun así no tengo miedo. Hicimos lo conveniente. —Hizo una pausa y añadió—: Knut sabía lo que íbamos a hacer. Tratar de desacreditarle ante el Gran Consejo. O por lo menos, eso es lo que él cree.

Dee no contestó.

Luego volvió a mirar hacia las computadoras y ahora sí habló:

—No lo creo yo así, Lillie.

—¿No...? El lee en el interior de nuestras mentes como si fuera uno de esos viejos papeles que se conservan en los museos de antigüedades. Por tanto, sabe cuáles eran nuestras intenciones.

Lillie se le acercó»

—¿Por qué no llamas, Dee? —preguntó.

—¿Dónde?

—A esa nave. Kalf es, tu amigo. Ambos vinisteis juntos a esta Galaxia.

—Te preocupa su suerte, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Lo haré... por ti. Pero no conseguiremos nada.

Unos minutos más tarde, a sus llamadas sólo contestaba el inmenso silencio sideral.

Soltó el transmisor, giró sobre el asiento y se volvió, enfrentándola.

—Lillie...

—¿Sí...?

—Iremos a cualquier parte, fuera de aquí.

—¿Juntos...?

—¿No es eso lo que deseas?

—Sí, pero queda el Gran Consejo. Puede que nos separen, Dee.

—Sí, es posible, pero confío en que todo salga bien. Pero si no es así, te buscaré. Más tarde o más temprano lo haré.

Sin esperar respuesta se volvió a la inversa, tomó uno de los transmisores interplanetarios y empezó a llamar desesperadamente.

Nada.

Sólo el silencio.

Al volverse una vez más para mirarla, les vio.

Eran dos y venían armados.

Se puso en pie, y a su lado, una pálida Lillie, le imitó.

—¿Sí...?

Uno de los dos tomó la palabra:

—El Gran Consejo les aguarda.

Dee elevó el brazo para señalar a su alrededor.

—¿Y todo esto...?

—Yo mismo lo atenderé.

Fueron detrás del otro, muy juntos, sin mirarse y sin pronunciar palabra.

* * *

Se volvieron a mirar.

Era el relevo y estaban avanzando hacia ellos, por el centro de la nave.

Los seis.

Cuatro se quedarían allí y los otros dos seguirían adelante, hacia la sala de controles.

Los cuatro empezaron a sonreír viéndoles cada vez más cercanos, y los cuatro al mismo tiempo levantaron las pistolas de rayos cósmicos.

No, no eran seis guardianes.

Eran seis cosas enormes, peludas, que abarcaban toda la amplitud del corredor mientras un sordo rumor se esparcía por todas partes.

Uno de los cuatro gritó, apretando el disparador.

Al frente, una de las cosas desapareció envuelta en humo, luego del chispazo del rayo, en tanto que los

otros cinco se desparramaban y abrían fuego con las «Láser».

Delante de los ojos de Kalf se desarrolló una espeluznante batalla entre los propios miembros de la tripulación, en tanto que el ambiente se llenaba de olor a carne quemada y al de varias materias, también en combustión.

Luego se vio envuelto en el asqueroso y maloliente humo y sintió cómo las náuseas le invadían de pies a cabeza.

Se descompuso.

Cuando se recobró, apoyado contra una de las metálicas paredes, todo era silencio alrededor, y de los diez miembros de la tripulación no quedaba ni rastro.

Sólo el humo que rápidamente iba desapareciendo absorbido por los tubos de renovación de aire.

El silencio era absoluto.

Kalf no lo supo jamás, pero lo cierto es que cada uno de los diez que hubo en el pasillo, vieron a la misma cosa frente a ellos.

Vieron al Terror que les estaba atacando, que deseaba convertirles en algo parecido a Helius y Ord.

Se habían defendido los unos contra los otros, y eso era todo.

La poderosa mentalidad que había a bordo, el ser que la poseía, el espécimen que nadie había visto, estaba jugando, quizá, una de sus últimas cartas.

Un tanto rehecho, Kalf se acercó al panel tras el cual se encontraba Jem.

Trató de romper la célula para franquearse el paso, pero no pudo, Desde el otro lado, obedeciendo una de sus órdenes, el propio Jem la había desconectado.

Se encogió de hombros, y «Láser» en mano continuó andando por el pasillo, dobló a su derecha, fue a la sala de controles y allí, lo mismo que en todas partes, se notaba el pestilente olor a materias quemadas.

Se pasó la mano por la frente

El silencio era aterrador, después de aquella lucha entre los miembros de su propia tripulación.

De cabina en cabina escudriñó la nave.

Estaba solo.

Se había quedado solo en una nave que quizá pudiera manejar solo..., tal vez con Una y Jem.

Sí, tal vez ellos le ayudaran, le ayudarían si aquella cosa... o si Jem... si lograba que abandonara la sala donde se encontraba luego de las órdenes que le diera a raíz de la muerte de Ord.

Una, Jem y el robot-médico.

Era absurdo de todo punto.

Absurdo y terrorífico.

Procuró no pensar en aquello y dirigió los pasos hacia la sala de controles, recorrió el panel, entró, depositó la «Láser» a su lado y clavó los ojos en la pantalla de la computadora.

Una pregunta.

La única que se le ocurría, la que debía hacerse.

Como un autómatas, Kalf empezó a presionar botones con rapidez asombrosa.

¿Quién y por qué?

Eso era todo.

Y se llamó estúpido una y mil veces cuando pensó que lo que estaba haciendo en aquel momento bien pudo hacerlo mucho antes; al principio, antes de que lo que quiera que fuese, hubiera organizado aquella matanza en el interior de la nave.

Ahora la respuesta podía ser mucho más importante... o tan importante como en un principio.

Estaba seguro de que el velo que ocultaba todo aquel misterio iba a descorrerse delante de sus ojos.

Tras una nueva y ligera vacilación, después de formular las dos preguntas, Kalf apretó el . único botón rojo que había sobre el tablero y esperó con los ojos fijos en la negra pantalla.

Una franja blanca destacándose sobre el negro fondo.

Ahora se iluminaría.

Se iluminaba ya.

«No lo sé, ni quién ni cómo, pero vas a morir, Kalf. Tú y todos los de la nave. Te queda muy poco,..., muy poco...»

Esa era la respuesta.

Kalf se petrificó y con mano nerviosa tomó la «Laser» y girando en redondo enfrentó el panel.

Inmóvil, cerrado a cal y canto, pero que se podía abrir desde fuera.

¿Desconectarlo desde allí, desde el interior, desde el lugar en que se encontraba?

Pero, ¿serviría para algo?

Kalf sabía que no.

La muerte.

Eso quizá fuera seguro.

No tembló cuando aquel pensamiento le llegó a la mente.

Se volvió entonces hacia los cuadros de controles y tomó uno de los intercomunicadores.

—¿Jem...?

Hubo un leve zumbido y oyó su respuesta.

—¿Kalf...?

—Sí, así es.

—¿Ocurre algo?

Kalf tragó saliva.

—Estamos viajando solos en el espacio, Jem. Ocurrió algo espantoso, siniestro.

—¿Solos...? Pero si...

—Escucha..., y no me interrumpas, Jem —cortó. Y a continuación y en pocas palabras explicó lo poco que había podido ver. Terminó diciendo—: No voy a pedirte que salgas de ahí y vengas, tal vez porque tengo miedo qué no obedezcas. Me encuentro en la sala de

controles, esperando, ni yo mismo sé qué.

—¿Cómo...? ¿Cómo...?

—Formulé una pregunta a la computadora. Ella, lo mismo que el robot, no contesta. Es decir, sólo una cosa; que vamos a morir todos, de que nos queda poco tiempo.

—¿Estás seguro?

Kalf tardó varios segundos en contestar.

CAPITULO IX

Cuando lo hizo sonreía, pero en su sonrisa había dureza.

—Aún está escrito el mensaje en la pantalla—dijo—. La computadora se ha parado y no lo borra, lo que me hace presumir que esa cosa... o lo que sea, lo preparó así, pensando que más tarde o más temprano yo trataría de averiguar su identidad por ese medio.

—Eso hace pensar en una inteligencia muy superior a la nuestra e incluso... Bueno, ¿por qué no?, muy superior a Knut y a los miembros del Gran Consejo.

Kalf no respondió.

Al otro lado, Jem también callaba, hasta que de un modo repentino añadió:

—Voy a salir, Kalf, ¿comprendes? Quiero ver ese mensaje.

—Te estaré esperando.

Cortó la comunicación y desvió los ojos hacia la pantalla.

El mensaje de ultratumba, si es que podía llamársele así, quedaba ante sus ojos en una forma clara y precisa; imborrable,

O por lo menos se lo parecía así.

Kalf empezó a manipular en la computadora, tratando de borrarlo, a pesar de lo hablado con Jem; de ponerla en marcha, pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

Desistió.

Luego, como asaltado de una súbita idea, se volvió una vez más, tomó el intercomunicador y llamó:

—Jem... Escucha, Jem...

Silencio.

—Jem... Oye, Jem; soy Kalf, ¿comprendes? No salgas de ahí; no lo hagas. Es... Es horriblemente peligroso.

Silencio.

Jem ya había abandonado la sala de motores, el reactor de la astronave permanecía sin vigilancia alguna.

Kalf se encogió de hombros... Desde luego, con un poco de suerte, Jem se hallaría a su lado y... con otra poca, Una... Una, los tres... y el gobierno absoluto de la nave.

El regreso...

Súbitamente soltó el intercomunicador, tomó el otro, el sideral, y empezó a transmitir en forma frenética, notando que a pesar de sus pensamientos y deseos, a pesar de que entre los tres podían conseguir la salvación, o por lo menos lo creía así, estaba empezando a perder los nervios.

—X.A. 23 llamando a la III Galaxia... X.A. 23 llamando a la III Galaxia,,. Contesten,

Esperó, pero el silencio espacial fue la única respuesta que recibió.

—X.A. 23 llamando a la III Galaxia,,. Es una emergencia. Algo está ocurriendo en el interior de la nave. Contesten. Nos hemos quedado solos, Una, Jem y yo. X.A. 23 llamando...

Las ondas de transmisión interespacial debían de haber abandonado la nave viajando en todos sentidos a velocidades muy superiores a la de la luz, pero no alcanzaron la III Galaxia,

En realidad no abandonaron la astronave.

Ni siquiera escaparon del intercomunicados a pesar de que todos los controles señalaban lo contrario.

Kalf no lo sabía, pero desde hacía horas nada funcionaba allí, aunque todos los indicadores señalaban lo contrario.

Volvió a llamar una y otra vez, varias veces más, hasta que, desalentado, soltó el transmisor. Tenía que valerse por sí mismo... con Una y Jem., como ya pensara anteriormente, si la cosa le dejaba hacerlo. Si el fatídico mensaje que aún continuaba allí, frente a sus ojos...

Pensando en que el centro de Control Espacial podía tener una avería, cosa que no era la primera vez que ocurría, giró en redondo encarando el panel que en aquel momento se abría para dar paso a Jem.

—Es... Es espantoso, Kalf —empezó—. Este silencio es...

Kalf no contestó; le miraba.

Frente a sus ojos, Jem avanzaba.

Uno, dos, tres pasos, incluso cuatro, pero ni uno más porque entonces vio el Monstruo, al Terror, que caminaba hacia él, seguro, mirándole con sus ojos negros, babeante, y levantó la «Láser» a la altura de la cadera.

Delante de él, Jem se detuvo en seco, vaciló un poco y con el rostro lívido gritó:

—¡No lo hagas, Kalf! No... ¡No dispaes!

Supo que lo haría dentro de unos segundos, cortó su grito y saltó.

* * *

La gran sala.

Los miembros del Consejo Espacial. Lillie se apretó contra Dee.

—¿Tienes miedo?

—Un poco —susurró.

—No debes tenerlo.

—No temo por mí —repuso ella—. Sólo a la separación.

Hubo una ligera pausa entre los dos que Dee interrumpió.

—Nos han dicho que nos sentemos, Lillie —dijo.

—¿Nos dormirán?

—Puede ser.

Tomaron asiento.

Frente a ellos, al otro lado de la mesa, se encontraba Knut.

Swift estaba a su lado, silencioso, sombrío, siniestro.

Sí; aquélla era la palabra correcta para definirlo.

Lillie lo pensó así, pero ni siquiera se lo comunicó a Dee; acto seguido trató de cerrar la compuerta de su mente.

Al hacerlo, los ojillos penetrantes de Knut brillaron de forma inusitada.

A pesar de lo que decía, la terrícola tenía miedo.

Swift se estaba sentando al lado de Knut.

Y él fue el primero que empezó a hablar, dirigiéndose a Dee:

—Informa sobre esas naves —dijo.

Lillie se vio en la necesidad de dar la respuesta:

—Dee nada sabe de esto, Swift. El asunto fue sólo mío. La decisión...

Otro de los miembros del Gran Consejo Espacial movió la pelada cabeza hacia ella y extendió un brazo desmesuradamente largo en su dirección.

—Tú eres un espécimen llamado mujer, ¿no? —preguntó.

Sin que pudiera evitarlo, los ojos de Lillie chispearon.

—Sí, así es —contestó.

—Pues debes callar hasta que cualquier miembro del , Consejo te pregunte.

Lillie se mordió los labios.

Al otro lado de la mesa, los ojos de Knut eran un completo regocijo.

Le gustaba el juego.

Aquella terrícola a sus órdenes, había .cerrado su mente y él trataba de abrirla, pero no podía.

Entretanto, Lillie desviaba sus ojos hacia Swift.

—Tú vaciaste mi mente y sabes que digo la verdad —afirmó—. Yo decidí venir. Dee no quería; sabía que era peligroso. »

Se hizo un silencio, largo y pesado.

—Informa, Lillie —repuso Swift—, pero deja que entre en tu

mente. Lo estoy intentando, pero no puedo.

Era verdad y Lillie lo sabía.

Desvió los ojos hacia Dee.

—Haz lo que te dicen —replicó él, a su no formulada pregunta.

Lillie cerró los ojos y habló sin mirarlos.

—Knut comete un error —dijo suavemente—. Nadie trata de desacreditarle en el Gran Consejo. El necesita dormir o morirá. Estaba descansando cuando nos dimos cuenta de que lo que estaba ocurriendo con el X.A. 23 tenía cierta similitud con lo sucedido a otras naves. Naves que por una causa u otra se habían visto obligadas a tomar contacto con ese asteroide. Dee dijo que le llamara y..., y... yo no quise hacerlo. Por otra parte, no sabía si nos iba a creer o no.

Se dormía.

Un extraño sopor la estaba invadiendo y un segundo antes de perder el contacto con todo se preguntó si Dee estaría experimentando lo mismo que ella.

Abrió los ojos con dificultad.

Miró a su alrededor y sus ojos tropezaron con los de Dee,

—¿Cómo vine aquí? —preguntó, incorporándose,

—Yo te traje.

Volvió a mirar alrededor de sí misma, extrañada de encontrarse en la sala de Control Espacial, junto a él.

Extrañada, asimismo, de que. Knut no estuviera con ellos.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Knut.

—Con el Gran Consejo.

—¿Qué fue lo que ocurrió conmigo?

—Te dormiste.

—Eso ya lo sé. ¿Y tú?

—No hizo falta. No cerré mi mente como hiciste tú —la miró fijamente, como si no la hubiera visto nunca, como si en aquel preciso instante se diera cuenta de que había algo de extraño en ella, de que siempre lo hubo, y no supo verlo hasta aquel preciso momento—. Dijeron que a pesar de ser una mujer terrícola tienes la mente más poderosa de toda la Galaxia. Más poderosa que la del propio Knut. Si no te hubieras dejado, ninguno de ellos, juntos o por separado, hubiera penetrado en el interior de tu cerebro. Knut confesó que empezó a intentarlo apenas te sentaste a la mesa, y que no pudo conseguirlo hasta que Swift te pidió que les facilitaras las cosas.

—¿Y...?

—No sé para qué servirá.

—¿Por qué?

—Ellos no dijeron nada, Lillie. Sólo que te trajera aquí y que esperaríamos.

Lillie tardó varios segundos en contestar, y cuando lo hizo fue para formular una nueva pregunta:

—¿Crees que a pesar de mi mente me deportarán a cualquier planeta para el resto de mis días? Knut es muy poderoso.

—Lo sé.

—En ese caso...

—Iré contigo a pesar del Gran Consejo, Lillie. Encontraré un medio si me ayudas.

—¿Qué debo hacer?

—Nada, por ahora. Pero si llega el caso, nos pondremos en contacto empleando la mente.

—Está prohibido y...

—Lo sé, pero es un medio de comunicación entre los dos que no podrán evitar. Y ahora calla; voy a tratar de averiguar algo de esa nave.

No pudo.

En el espacio, a varios años luz de distancia, el X.A. 23 continuaba dando la llamada por respuesta a todos sus intentos de establecer contacto.

Al terminar, la miró con un gesto de desaliento en los ojos.

—Nada.

—Era de esperar.

—¿Por qué?

—Acordamos demasiado tarde. Un error de los dos.

Pero se equivocaba, cosa que no sabía en aquel momento.

—O de los tres.

—Knut jamás reconocerá eso.

Callaron.

No, no lo haría, y por esa causa, la separación de los dos no tardaría en llegar.

Knut era incapaz de amar, no entendía de aquellas cosas.

Era nada más y nada menos que una enorme computadora extrasensorial, en contraste con su pequeño tamaño.

Dee fue el que rompió el silencio un poco más tarde.

—Se están retrasando —dijo.

Lillie le miró a los ojos.

—¿Te preocupa?

—No.

Volvieron a callar.

Pensaban.

Dee tratando de adivinar lo que estaba ocurriendo en el Gran Consejo.

Lillie pensando en lo mismo, pero de otro modo.

Ella trataba de abrirse paso hasta los miembros que lo componían, por mediación de su mente, hasta que lo consiguió.

Escuchó, sin esforzarse mucho, aquélla era la verdad, sabiendo ya que podía hacerlo sin dificultad alguna.

Unos minutos más tarde se volvió a mirarle; Dee

pudo darse perfecta cuenta de que tenía el rostro demudado.

—Dee... —su voz era un susurro—. No... puedo... Jamás podré hacer lo que me piden... Es... Es imposible, Dee, amor...

Dio un paso hacia él, pero no terminó de acercársele.

El panel en forma de huevo que había a sus espaldas, se abrió dando paso a Knut, que se les aproximó. Se detuvo frente a ellos, hizo una pausa y preguntó:

—¿Algo nuevo, terrícolas?

El semblante de Lillie era cada vez más pálido.

Por su parte, Dee hizo una mueca.

—No hay noticias —dijo.

—Las habrá dentro de poco —afirmó Knut.

Trepó por la pata de la mesa y se sentó frente a los mandos de transmisión intersideral, pero no tomó ninguno.

Sus ojillos, duros como puntas de diamante, estaban fijos en los de Lillie.

Hasta que preguntó:

—Lo sabes ya, ¿verdad?

Ante la sorpresa de Dee, ella respondió:

—Sí. Pero nunca lo conseguiré. Es decir, nunca lo conseguiremos...

—Tú lo harás, Lillie. Ahora. Puede... Puede que aún lleguemos a tiempo. Vamos, Lillie, inténtalo.

—Yo... no puedo, no seré capaz de...

—El Gran Consejo Espacial lo quiere así... con mi votación, desde luego, terrícola. Vamos, Lillie, toda la III Galaxia está en tus manos.

Palabras que sonaban en los oídos de Dee como si estuvieran pronunciadas en un idioma extraño para él, ya que no las comprendía.

La miró.

Lillie callaba, tampoco miraba a Knut, ni a los cuadros de mandos, a las computadoras, a las pantallas de T.V. que se mantenían silenciosas, pero sus ojos sí habían cambiado de expresión.

Mortecinos, sin brillo alguno, fijos en una de las paredes, y observándola, Dee tuvo la intuición de que ella no veía aquella pared, que no veía nada de lo que había en la sala.

Que «veía» o empezaba a «ver», algo que estaba allá, mucho, muchísimo más allá.

Empezaba a transpirar, se desencajaba su rostro y sus labios se habían quedado sin sangre.

Ahora se llevaba la mano a la frente, y tanto Dee como Knut pudieron ver que se apretaba las sienes con la mano; mano que también transpiraba. Transpiración que empezaba a empaparle todo el cuerpo de tal modo que llegó un momento en que los pechos se marcaron fuertemente bajo la tela alumínica que llevaba puesta, pero ella no pareció reparar en el hecho.

No parecía reparar en nada, como no fuera en lo que había más allá, a miles de kilómetros años luz,..., si es que en realidad había algo.

La otra mano, la izquierda, ahora tenía engarfiados los dedos sobre el tablero de la mesa, dedos blancos, sin sangre; las gotas de sudor corrían por su cuello e iban a desaparecer por entre el nacimiento de los senos...

El silencio era opresivo.

Dee notaba que también empezaba a transpirar y que la angustia de ella se le iba transmitiendo poco a poco.

Knut era el mismo ser impasible de siempre; tan sólo sus ojillos brillantes y negros se mostraban más brillantes, si cabe, que de ordinario.

CAPITULO X

Repentinamente, las palabras, ininteligibles por completo, empezaron a brotar por la boca de Lillie.

Algo que no tenía sentido, que no se entendía, hasta que de un modo brusco, con voz que no era la suya propia, dijo, ahora con perfecta claridad:

—Esa... cosa... Es... Es horrible y tiene hambre. Es... Es insaciable. Su... mente... No puedo, no puedo penetrar en ella... —Calló unos segundos, para continuar diciendo—: Ming... Kalf y... Jem..., todos..., todos... No puedo... ponerme en contacto con ellos. Esa Bestia ha cerrado la compuerta de su mente. Jem... y Kalf..., ellos..., ellos aún... ¡Una! Pero está dormida.

—Inténtalo, Lillie. ¡Continúa intentándolo! —la voz de Knut volvía a ser tan verde como su cuerpo—. Vamos, ¡pronto!

Nuevo silencio, largo, inconmensurable, que se rompió del mismo modo.

—Dee... Es... horroroso —le estaba mirando ya, y temblaba; en su rostro seguía viéndose la angustia, el terror, y estaba tan desencajada como en un principió—. Yo... Yo... No sé... si... lo conseguí o no, pero Una... Una..., esa muchacha... ¡Oh, Dee!

Y cayó entre sus brazos ocultando el bello y pálido rostro en su hombro.

Frío, impasible, Knut les observaba.

Desde luego no les entendía, jamás les entendería, y por eso no perdía el tiempo ni siquiera en intentarlo.

Pero fuera lo que fuese... los terrícolas no eran tan absurdos como creía.

—Vamos, Lillie —dijo—, informa.

Y ella, pálida aún, con los pechos moviéndose suavemente bajo el traje de aluminio con que se cubría,

se separó de Dee y se volvió a mirarle.

Abrió los ojos y miró a su alrededor.

Había un horrible hueco casi frente a él, y parte de una computadora se había esfumado.

En el ambiente todavía quedaba el fétido olor a cables quemados, acero fundido y otras materias más, también en fusión.

Y algo más, también frente a él.

Sentado, con una pierna sobre la otra, con la «Láser» en la mano, y la otra, la suya propia, en la funda, Jem le observaba fijamente.

—¿Qué fue lo que pasó...?

—Intentaste matarme, Kalf..., pero... Bueno, tuve suerte. Salté y te pegué duro —señaló sobre su hombro en dirección a su espalda—. Ese boquete podía estar ahora en mi pecho, ¿entiendes?. —Vaciló unos segundos y preguntó—: ¿Qué diablos te ocurrió? Creí... Creí que te habías vuelto loco.

—Esa cosa... El Terror, Jem —dijo—. Vi al Terror viniendo hacia mí... y eras tú.

—Explícate, Kalf.

Pero sabía la respuesta que iba a recibir mucho antes de que éste se la diera.

—Fue... esa bestia. Puso en mi mente su imagen cuando tú apareciste, Jem..., y lo demás es fácil. Fue... tan fácil como..., como cuando los nuestros empezaron a matarse entre ellos, ¿comprendes? Tal vez me oyó llamarte y...

Jem, con los ojos fijos en la pantalla, que por otra parte Vio casi al segundo siguiente de golpear a Kalf, donde aún continuaba el fatídico mensaje, le interrumpió:

—Viste a la cosa.., o como quieras llamarle, Kalf. ¿Qué era? ¿Cómo es?

Kalf se puso en pie; frente a él, Jem no le perdía de vista.

—Si te dijera eso, Jem —respondió—, dirías que estoy loco... y creo que no te faltaría razón. —Lanzó una mirada circular alrededor

suyo y continuó—: Todo esto funciona, Jem.,. Tú mismo lo estás viendo... Pero me temo que nada de lo que vemos aquí sea verdad,

—¿Qué diablos...?

—Es cierto. Todo funciona, sin un solo error, sin un solo fallo, pero puede ser eso mismo..., una imagen, un espejismo puesto en nuestra mente por... —Calló unos segundos y a continuación exclamó —: ¡Una, Jem! La había olvidado por completo;

—¿Dónde está?

—En su cámara... y no saldrá como no vayamos a buscarla... Y esa cosa anda suelta por la nave. Puede poner en su mente mi imagen y ella... Vamos, Jem, no podemos perder" tiempo.

Fue hacia la puerta, pero Jem se le puso delante.

—Deja a Una, Kalf... Es... triste..., pero la nave es primero. Vamos, ayúdame, comprobaremos todo esto, los dos juntos, una vez más.

Dudó.

Jem le vio vacilar, hasta que por fin encogió los poderosos hombros y respondió:

—Correcto... Pero si no conseguimos nada, iré a buscar a Una. Quiero estar a su lado cuando... lleguemos al final.

Jem no respondió, andando de lado, sin perderle de vista, sin soltar la «Láser», se acercó a uno de los cuadros de control, justo cuando la pantalla de la computadora, luego de que aquélla se puso en marcha, perdía su brillo borrando el mensaje.

A continuación, en el interior de la nave intersideral, en el, cuadro de control, todos los mandos parecieron volverse locos.

—¡Santo Dios, Kalf, mira eso! ,

Pero él también lo había visto.

* * *

Kalf estaba tardando demasiado.

No sabía si aquella tardanza obedecía a otra causa, pero podría ser que formara parte de aquel horrible juego.

Lo deseaba, ansiaba tenerle a su lado, entre sus brazos, y olvidar todo aquel Horror.

¿Cuánto hacía que había despertado?

No lo sabía, no podía saberlo en modo alguno.

Saltó del lecho al suelo; no se oía nada, lo que no era extraño. El intercomunicador interior de su cabina estaba cerrado; a raíz del grito de Ord lo había hecho y todo estaba acondicionado contra ruido, y contra todo lo que a uno pudiera molestarle para el buen funcionamiento de la máquina en que se había convertido todo organismo humano o extrahumano.

También estaba cansada. Necesitaba descansar y lo sabía, como también lo sabía Control Espacial. Conocía a todos sus miembros desde el mismo día en que le dieron la misión que había llevado a cabo como científico en aquel planetoide del cual ahora regresaba.

Sí, Kalf estaba tardando y ella necesitaba a Kalf, pero su última orden había sido terminante.

No debía abandonar su cabina bajo ningún concepto.

Avanzó hacia dónde había dejado sus ropas y su cuerpo desnudo se recortó unos segundos a contraluz con la pared que había a su espalda.

—Te estoy viendo, Una.

Se estremeció violentamente.

—Kalf,.. —llamó mentalmente, preguntó, olvidada como otras veces de la prohibición de Control Espacial.

—Sí. Y te veo. Eres hermosa.

—Pero..., Kalf; eso no es correcto. Por otra parte, no puedes verme con la mente.

Le oyó reír.

—Cierto que no, pero tú te miras, y yo..., yo penetro en tus pensamientos, y para el caso es igual. Te crees hermosa, Una, y yo también te veo así. Y tranquilízate, que no volverá a ocurrir. —Hubo una ligera pausa y la voz de Kalf volvió a resonar en el interior de su

cerebro, más persuasiva que nunca—: ¿Por qué no vienes?

—Si dejas de escudriñar en mi mente lo haré.

—Ya no lo hago, Una, pero sigo amándote.

Ella sonrió.

—Lo sé — dijo—. Dime, ¿cómo va todo?

—¿Te refieres a la nave?

—Sí, así es.

—No hay nadie en ella, Una.

Se estremeció mirando a su alrededor, y Kalf dijo:

—¿Tienes miedo?

—Sí. ¿Qué... Qué fue lo que ocurrió?

—Algo horrible, pero maté a la cosa que lo provocó.

—Explícamelo.

—Cuando vengas. ¿Lo harás?

Una dejó transcurrir unos segundos de silencio antes de responder:

—Sí. ¿Dónde estás?

—En la sala de controles, Trato de frenar la nave. Nos estamos acercando a Ceres y necesito tu ayuda. Vamos, ven.,. Te espero.

—Termino de vestirme, Kalf.

—No tardes. —Hubo una pausa de segundos y añadió—: Trae algo de beber. Quiero celebrar esto.

—¿Y qué es?

—Tú y yo, Una. Los dos solos en el centro del universo sideral. ¿Vienes?

—Dentro de muy poco, Kalf, amor...

—De acuerdo, te espero.

No hubo más.

Los dos solos en el centro del...

Sonrió.

No tenía miedo, no podía tenerlo; ya no.

Empezó a vestirse cambiando rápidamente de traje.

Kalf era un terrícola como ella misma y sabía que, entre otras cosas, lo que más le gustaba eran sus piernas.

Se las miró.

Perfectas.

Una se dio unos cuantos retoques más y fue hacia el panel con ánimo de alcanzar el corredor.

Repentinamente se detuvo, como si hubiera tropezado con una barrera invisible, vaciló unos segundos, se llevó la mano a la frente y luego, andando como una autómatas retrocedió sobre sus pasos, se acercó al montoncito que formaba su ropa sobre el lecho, sacó la pistola de rayos cósmicos, puso las manos a la espalda y ahora sí salió, ya sin una sola vacilación.

Miró a ambos lados.

El silencio era aterrador y siniestro.

Al llegar al primer recodo experimentó la extraña sensación de que había alguien que la vigilaba y que desde luego no era Kalf.

Y otra más; de que continuaba sin tener miedo.

Trató de comunicarse mentalmente con él, pero no pudo.

Dobló el recodo.

Nada ni nadie.

Kalf no le había mentado cuando le dijo que en la nave sólo se encontraban ellos dos.

Era horrible.

Dio uno, dos, tres o cuatro pasos más, con movimientos de autómatas, como si algo o alguien, mentalmente poderoso, la empujara. Siempre con las manos a la espalda, siguió la dirección que la llevaría al departamento que hacía las veces de bodega, de almacén alimenticio y de , otras cuantas cosas más.

Se detuvo ahora para mirar atrás.

Nada ni nadie; pero era ilógico, casi irreal, aquella sensación de poder, de fuerza, que en aquel momento empezaba a experimentar.

Y sobre todo su carencia absoluta de miedo.

Una captaba todo aquello, aunque dejara de percibir el «porqué» del hecho, de comprenderlo.

Volvió a mirar.

Silencio.

Nada ni nadie...

CAPITULO XI

Hasta el momento presente sólo había oído el eco de sus pasos que parecían extenderse por toda la nave, y ahora, inmóvil, en el centro del corredor, el eco se había extinguido.

La sensación de que era vigilada también había desaparecido y después del terror experimentado durante aquellas horas, una extraña calma empezaba a invadirla; sus bellas piernas habían dejado de temblar.

De nuevo pensó en Kalf y trató de ponerse en contacto con él.

Tres escasos segundos le bastaron para conseguirlo.

—Kalf...

—¿Sí...?

—Dijiste que estábamos solos en la nave, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Bueno, de pronto tuve miedo..., pero ya no. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Sabes dónde me encuentro ahora?

Siguió un silencio que duró unos segundos.

—Sí. Estás cerca del almacén de la nave.

—¿Y...?

—Date prisa, Una. Trae algo y ven. No puedo perder mucho tiempo con los controles. Jem también murió, ¿sabes? Todos murieron, pero maté al Terror. Lo hice, Una, querida. Y date prisa, por favor..., pero trae algo de beber.

Voz suave, acariciante...

Empezó a andar.

Una recorrió rápidamente el espacio que le faltaba para llegar al panel, que como siempre se corrió a un lado dejando el hueco delante de ella, y entró.

Estaba a oscuras.

Avanzó un paso y se detuvo.

Y su mente estaba completamente lúcida cuando telepáticamente preguntó:

—¿Kalf...? Esto está muy oscuro. ¿Dónde están las bebidas?

Dio otro paso más, y otro..., y las patas peludas se enroscaron en su cuerpo.

—Ven, querida —dijo con su voz de araña.

Una no gritó, no se movió, no experimentó sensación de repugnancia alguna cuando vio frente a ella aquellos ojos fijos, negros, aquella boca horrible y la tela espesa, blanca, como baba que empezaba a brotar de aquélla, pero sí sacó la mano de la espalda y a la altura de la cadera oprimió el disparador.

Hubo un chispazo, una nube azul y negra, humo pestilente y nauseabundo, y el cuerpo horriblemente deforme que la oprimía desapareció de sus retinas entre chisporroteos..., pero sin un solo estertor, sin un lamento, sin algo, aunque hubiera sido un grito, un gemido...

Sencillamente se desvaneció en la nada.

Se tambaleó, retrocedió unos pasos, vacilando siempre, y buscó el pasillo, en una de cuyas paredes se apoyó con el rostro tan demudado como el de una muerta.

Pero estaba viva, y aquello era lo que contaba. Vio al Horror; aquél la aprisionó entre sus brazos, y terminó con él.

La horrenda pesadilla había desaparecido para siempre.

Pensó en Kalf, aún agitada.

—Kalf,;. Kalf... Fue... Fue espantoso. Kalf... —llamó—. Óyeme, Kalf...

Se apartó de la pared y empezó a andar, ante un silencio cada vez más espeso, hacia la sala de controles.

Ahora, su prohibición, la prohibición de Kalf, no contaba para nada. Todo había terminado y delante de los dos..., si es que podían manejar la nave intersidereal, se abría el futuro.

—Kalf... Kalf... ¿Qué es lo que ocurre contigo? Kalf, amor...

Continuó andando, con el arma en la misma situación, a la altura de su cadera.

Un paso, otro, otro más... casi llegando al final del corredor, con el eco de sus pisadas retumbando metálicamente en el interior de su cansado cerebro, mientras una extraña laxitud se iba apoderando de ella.

—Kalf..., amor... Kalf...

Entonces le vio, doblando el recodo, solo, con la «Láser» en la mano, y cómo se detenía casi en seco, al verla a su vez.

—¡Una!

Ella se tambaleó, vaciló un poco, la pistola de rayos cósmicos se escapó de su mano produciendo un ruido sordo, y con un ligero grito corrió hacia él, que sólo tuvo que abrir los brazos para recibirla.

—Kalf... Kalf... Es... Es horrible... —exclamó—, pero no tengo miedo. Ya nunca lo tendré. La nave..., la na...

Kalf la interrumpió.

—Todo va bien, Una —dijo suavemente—. Jem está con los controles, ayudado por el piloto automático. No... No sé lo que pasó, pero..., pero... de repente todos los cuadros y controles parecieron volverse locos, y luego..., luego se fijaron en un punto, en una dirección, y comprendí que estaban indicando el verdadero curso de la nave. No íbamos a Ceres, Una, sino al asteroide donde nos detuvimos la primera vez... Fue... Fue muy a tiempo, o nos hubiéramos destrozado contra él. Ahora quedó atrás, perdido en el firmamento de Antares.

—Y... Y...

—Regresamos a la III Galaxia. Es... cierto. Ahora sí. Jem estableció contacto con Knut... y el rumbo de ahora es correcto... Y sin..., sin esa cosa... que..., que...

—Entonces, ¿lo sabes?

—No. Por lo menos no del todo, Una. Knut sólo dijo que ahora era el rumbo correcto... porque había desaparecido el peligro. —Se pasó la mano por la frente y añadió—: Trataron de ponerse en contacto conmigo y con Jem pero no pudieron. Habíamos cerrado nuestras mentes a todo... para, evitar..., evitar que la Bestia penetrara en ellas y nos obligara a que nos matáramos mutuamente. Y tú, Una...

Ella le interrumpió llevando las manos a sus hombros, como si buscara su protección.

—Fue... Fue Lillie, Kalf. Esa muchacha amiga tuya. Esa muchacha de Dee en la III Galaxia. Penetró en mi mente, escudriñándola hasta el último rincón mientras dormía y luego... Bueno, no lo sé muy bien, pero sé que fue ella la que puso una barrera entre mi mente y la del Terror..., y fui a su encuentro mientras me hablaba de amor con tu voz y en tu nombre —señaló hacia atrás, hacia donde quedara la pistola de rayos cósmicos—. Le desintegré cuando me abrazaba, Kalf. Era... monstruoso.

—Un ser... —él también la había visto en la figura de Jem— con más inteligencia que todos nosotros juntos. Más que el propio Knut... y más..., más que la propia Lillie. Capaz de producirnos alucinaciones para lanzarnos los unos contra los otros..., sólo para saciar su hambre. Capaz de hacernos creer en averías inexistentes en nuestros motores para obligarnos a aterrizar en ese asteroide, su morada, con objeto de que al abrir la compuerta pudiera penetrar en el interior de la nave.

—Lillie... Sólo Lillie fue capaz de hacerlo, Kalf. Ella ocupará un puesto tanto o más importante que el de Knut dentro de la III Galaxia y su nombre encabezará la lista de Diamantes del Consejo Espacial. Ella me obligó eliminar a la cosa y yo..., yo lo hi...

En aquel momento se desmayó.

Kalf no la dejó que tocara el suelo con su cuerpo, sino que la sujetó antes de que cayera; luego, con ella en sus brazos, avanzó lentamente hacia la sala de controles donde le esperaba Jem.

Pensaba en Ming.

En Ming y en Una.

Ambos habían abandonada la nave en el asteroide y luego Una fue la que regresó. Ming había desaparecido. Ming se volatilizó como el humo y Una..., Una pudo muy bien terminar con él... Tuvo que ser de aquel modo. El mismo estuvo a punto de eliminar a Jem..., pero Una jamás sabría aquello. No por su boca.

El Terror, la Cosa..., la monstruosa mente que les había dominado hasta entonces, era el causante de la muerte de Ming, comandante de la nave intersidereal.

De hecho ocurrió así, aunque la propia Una fue, o tuvo que ser, la que disparó el arma que llevaba en la mano.

La Bestia cerró una compuerta en la mente de la muchacha, cuando ocurrió el hecho, y aquella compuerta nunca se abriría. El no haría nada para que lo recordara.

Kalf se detuvo frente al panel, que se desplazó a un lado, y entró en la sala de controles.—¿Cómo va eso, Jem? —preguntó. Luego de lanzarle una larga mirada al cuerpo desmayado de Una, respondió:

—Rumbo correcto, comandante. Estoy empezando a frenar la nave para entrar dentro de veinticuatro horas en la atmósfera que rodea el Planeta I de la III Galaxia. Pero... Pero... tendrán que ayudarme.

* * *

En el Control Espacial de la III Galaxia, canceladas las diferencias existentes entre ellos, si es que en realidad alguna vez hubo algo que pudiera llamarse así, bajo la atenta mirada de Knut y Lillie, Dee daba las últimas instrucciones a las naves que tenían que partir hacia el asteroide.

La orden era la de destruirlo a toda costa.

Knut pensaba.

Había perdido algunas naves interplanetarias, conjuntamente con su tripulación, pero sabía que K.L. 1 era la última. La poderosa mente que tenía a su lado en la figura de un espécimen terrícola, del sexo opuesto, lo evitaría en el futuro.

«...Te amo... Te amo...» No, no eran tan absurdos a pesar de aquello que él no comprendía; ni comprendería nunca.

FIN

la conquista del **ESPACIO**

Una
ventana
abierta al futuro
gracias al talento
de unos autores
de excepcio-
nal calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE
"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

